



La Habana, septiembre 2010

Índice:

- Miriam Celaya (1) *La Iglesia católica cubana y la oposición: un conflicto innecesario*
Leo Felipe Campos (4) *Impresiones habaneras de un yuma a la deriva*
José Kozler (6) *Acta / Fábula / Satori*
Luis Eligio Pérez (9) *Ahora la Revolución es zen*
Enrisco (11) *Cuando alcanzabas tu definición mejor / Moscas contra el cristal*
Reinaldo Escobar (15) *La imagen del bosque, la identidad del árbol*
Guillermo Fariñas (16) *Con el abismo dentro (capítulo 3)*
Víctor Varela (21) *El texto imposible de representar*
Aung San Suu Kyi (24) *Pajarillos fuera de las jaulas*
Yoani Sánchez (26) *El saco de los inconformes*
Teresa Dovalpage (28) *Posesas en La Habana (fragmento)*
Alexis Romay (32) *4 poemas de LOS CULPABLES*
Eric J. Mota (33) *Guía introductoria a La Habana Underguater*
Ernesto Hernández Busto (36) *Presentación de un libro no publicado en Cuba*
Chely Lima (40) *Loco en piel de cocodrilo*
Rafael Alcides (41) *Piedad para él*
Dimas Castellanos (43) *Sindicalismo independiente versus actualización del modelo*
Orlando Luis Pardo Lazo (46) *Volabas en caballo blanco el mundo*
Edmundo Desnoes (48) *Memorias del desarrollo (inéditas)*

VOCES

VOCES

www.vocescubanas.com/voces
vocesvocesvoces@gmail.com

La Habana

septiembre 2010

VOCES

La Habana

septiembre 2010

IMAGEN: *Rolando Pulido*



EL DIÁLOGO entre el gobierno del General Raúl Castro y la alta jerarquía de la Iglesia Católica sigue suscitando debates entre diferentes grupos opositores y sectores de la sociedad civil independiente. Era de esperarse que medio siglo de inmovilismo trajera como primera consecuencia el chirriar de todos los goznes oxidados al tratar de poner en marcha cualquier mecanismo de esta vieja maquinaria obsoleta, como también resulta lógico que, a fuerza de trabajar en reversa, ahora cueste mucho andar hacia adelante.

No es fácil buscar y encontrar consensos en un país huérfano de civismo y de libertades por tan prolongado período de tiempo. La mayoría de los cubanos de hoy no hemos participado jamás en auténticas elecciones, no hemos militado en un verdadero partido político, no contamos con espacios no oficiales de debate ciudadano, no tenemos libre acceso a la información y a las comunicaciones, ni hemos gozado de ninguno de los beneficios de la democracia, pero lo peor de todo es que no hemos sido libres. Cual esclavos temerosos e ignorantes, los hay que ni siquiera sabrían qué hacer con sus vidas llegado el día en que tengan libertad para disponer plenamente de ellas.

No es fácil
 buscar y
 encontrar
 consensos en
 un país
 huérfano de
 civismo y de
 libertades por
 tan prolongado
 período de
 tiempo.

Esa es la triste realidad de Cuba, heredada en gran medida de 50 años de dictadura, pero también consecuencia de 400 años de historia que demuestran cuán costosas resultan a los pueblos la ligereza y la irresponsabilidad.

El momento que está viviendo la Isla tiene peculiares ribetes que marcan un antes y un después. Cada análisis puede tomar como pauta lo que considere un hito, ya sea la acumulación de elementos en la crisis socioeconómica y política generalizada, la lucha de la disidencia al interior del país, la muerte de Orlando Zapata Tamayo, la huelga de hambre y sed de Guillermo Fariñas, la acción sostenida y valiente de las Damas de Blanco, y la actividad creciente del periodismo alternativo en todas sus variantes, entre otros factores que puedan quedar involuntariamente omitidos aquí.

Ese “antes y después” podría asumir como referencia cualquiera de estos factores aparentemente aislados; sin embargo, la polea que ha venido a unir algunas piezas y ha ayudado a iniciar el giro del mecanismo ha sido la Iglesia Católica. Es un hecho.

Tal como se presentan las circunstancias —o como están planteadas a partir de todos los factores que han influido en ello—, creo que es más realista sopesar ahora lo incuestionable: se están produciendo cambios y la mediación de la Iglesia Católica es un factor importante en esto. Es así que, lejos de apuntar soluciones idealistas, encaminadas a satisfacer la vanidad de algún que otro líder opositor, o sobrevalorar la importancia de sectores de la sociedad civil emergente (en la cual se inserta mi propio accionar como blogger), y a la vez sin negar la validez de todos los elementos en su propio desempeño, prefiero tomar en consideración cuánto de positivo puede y podría aportar el papel de la Iglesia en este proceso.

la iglesia católica cubana y la oposición:

un conflicto innecesario

es momento de aprovechar los espacios que se abran y apoyar las acciones positivas que propicien los cambios para poder potenciar el discurso de los actuales líderes de opinión y el surgimiento de los nuevos.

Algunas personas critican la mediación en la figura del Cardenal Jaime Ortega, alegando que nunca ha apoyado a la oposición, que no visitó a los presos o que no se pronunció contra los desmanes de la dictadura, lo cual tampoco se ajusta por completo a la realidad (recordemos, por ejemplo, la famosa Carta Pastoral “El amor todo lo espera”, documento que tuvo gran resonancia en 1992).

Por mi parte, no soy —ni mucho menos— una fanática o siquiera admiradora de Su Eminencia, pero tales descalificaciones se podrían aplicar también a la inmensa mayoría del pueblo cubano, acostumbrado a mirar temeroso hacia otra parte en presencia de un acto de valentía cívica o de la acción de las fuerzas represivas contra ciudadanos indefensos. Sería interminable la lista de experiencias de los que pueden atestiguar sobre esto, tanto dentro como fuera de Cuba.

Por otra parte, los que hoy descalifican a la Iglesia como mediadora parecen olvidar cómo a lo largo de todos estos años, aun cuando la mayor parte de los cubanos aplaudían(amos) ante los discursos y las tribunas, cuando tener creencias religiosas era un imperdonable tabú, cuando los religiosos de cualquier tendencia eran excluidos y condenados y cuando la sociedad toda avanzaba galopante hacia la pérdida de valores morales y humanos, la Iglesia Católica fue un reducto de solidaridad entre cubanos de fe sincera, un espacio de conservación de los mejores valores, una verdadera colmena donde nunca se detuvo el trabajo por la familia, por la cultura cubana, y por soste-

ner sus principios de virtud en condiciones muy adversas.

La Iglesia Católica cubana fue un foco de resistencia contra el totalitarismo comunista de esta dictadura desde el principio mismo, antes que cualquiera de los partidos opositores que hoy conocemos, y fue tolerante e inclusiva cuando en la sociedad cubana se imponían la intolerancia y la exclusión.

Muchas parroquias han sido portadoras del discurso de resistencia que pocos se atrevían a escuchar y mucho menos a decir; y se han erigido promotoras de numerosos espacios de instrucción, de intercambios sociales y académicos y de formación de valores. La Iglesia Católica ha estado trabajando callada y pacientemente por la reconciliación de los cubanos mientras el régimen —y otros— se han dedicado a enemistarnos. Negar esto sería, no solo una iniquidad, sino también una falacia.

Está claro que la Iglesia tampoco es una institución perfecta y no nos representa a todos en todo, que igual ha cometido errores y hasta injusticias; pero también ha ofrecido sus espacios como un refugio en medio de las tempestades. Que lo digan si no las Damas de Blanco, que acuden cada domingo a la iglesia de Santa Rita. Que lo digan los cubanos que han encontrado en la Iglesia el apoyo, la caridad y la solidaridad que les faltaba. Que lo digan los miles que se están congregando espontáneamente en las iglesias de Cuba para recibir en su peregrinación por toda la Isla a la Santa Patrona, la Caridad del Cobre, capaz de reunir, por su única condición de cubanos, a creyentes y no creyentes en la simple advocación del amor a Cuba.

¿Qué otra institución en este país sería capaz de ello? Yo no soy una creyente en lo absoluto; apenas soy una agnóstica formada en el más cerrado ateísmo que ha logrado superar la negación y pretende ser justa. Y como deseo lo mejor para Cuba y para los cubanos, apoyo todo lo que ayude a derribar el muro.

Es por eso que pido a aquellos que hoy se oponen a la mediación de la Iglesia (hablo de la institución, no de sus jerarcas) y que, además, la acusan de “traidora al pueblo”, “oportunista” y otros epítetos por el estilo, que mencionen las razones en que basan sus acusaciones y que expongan a la opinión pública, objetivamente, quiénes son los actores sociales que consideran suficientemente consolidados en Cuba, con el prestigio y el arraigo necesario para representar a una gran parte del pueblo cubano, y cuáles son los programas de cambio y las fases de la transición que dichos actores proponen.

Que digan los que se oponen al diálogo Gobierno-Iglesia Católica si creen que este pueblo ahora mismo puede delegar con pleno conocimiento de causa en cualquiera de los partidos opositores y de los grupos de sociedad civil independiente, más allá de la simpatía que pueda despertar nuestra lucha por la democracia.

Pero, sobre todo, seamos realistas: la crisis cubana no se va a resolver en un corto plazo; una transición es un proceso largo y complejo al que se van sumando actores en la medida en que vayan ganando influencia y prestigio en la vida pública nacional. En lugar de pugnar por un puesto o por un premio, es momento de aprovechar los espacios que se abran y apoyar las acciones positivas que propicien los cambios para poder potenciar el discurso de los actuales líderes de opinión y el surgimiento de los nuevos, el nacimiento de nuevas ideas, de fuerzas cívicas y de propuestas amplias donde participemos todos (incluyendo a los que hasta hoy no han participado).

Nadie piense que va a ser fácil. Así pues, tampoco lo hagamos más difícil. {V}

impresiones habaneras de un

yuma

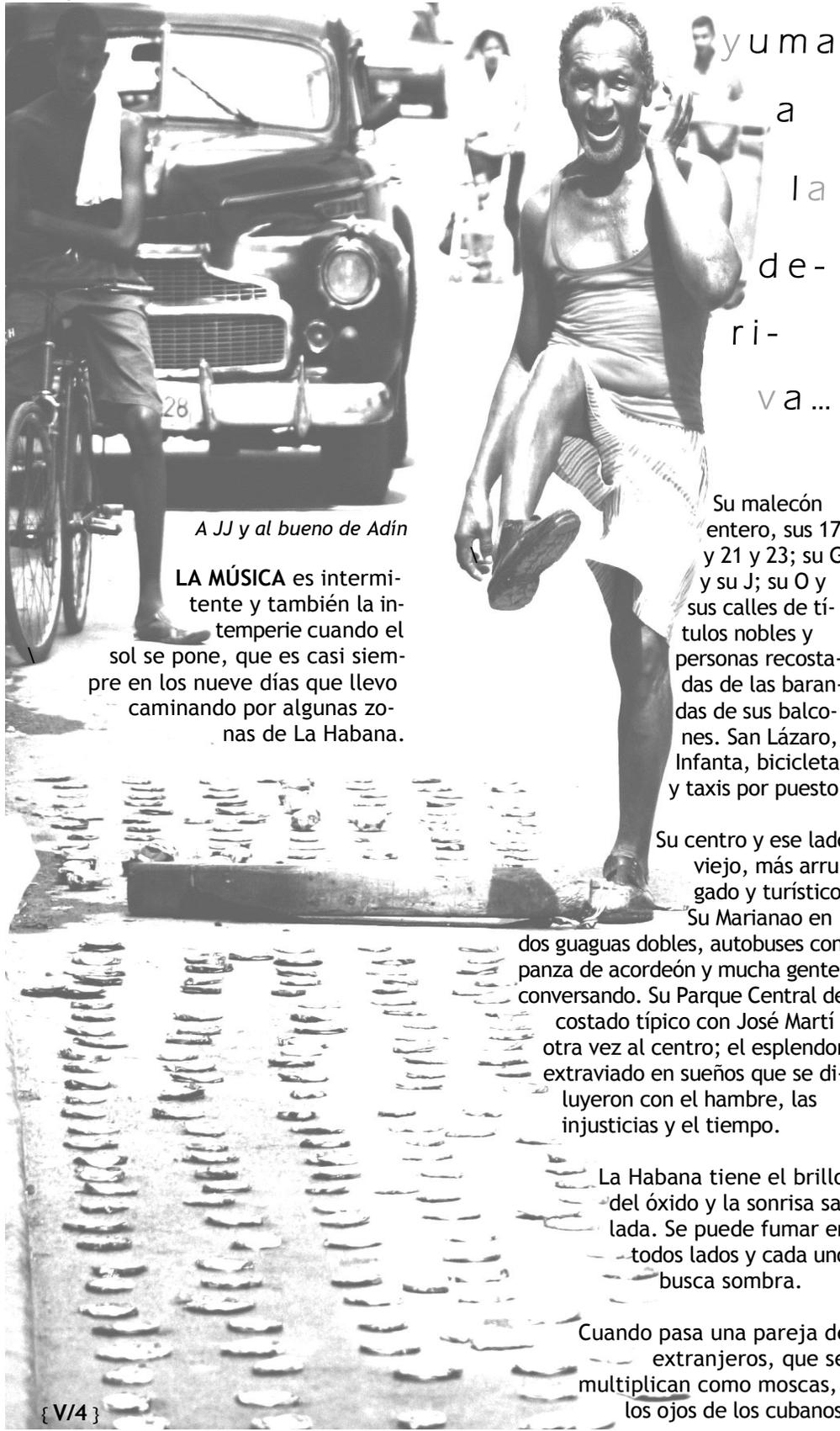
a

la

de-

ri-

va...



A JJ y al bueno de Adín

LA MÚSICA es intermitente y también la intemperie cuando el sol se pone, que es casi siempre en los nueve días que llevo caminando por algunas zonas de La Habana.

Su malecón entero, sus 17 y 21 y 23; su G y su J; su O y sus calles de títulos nobles y personas recostadas de las barandas de sus balcones. San Lázaro, Infanta, bicicletas y taxis por puesto.

Su centro y ese lado viejo, más arrugado y turístico.

Su Marianao en dos guaguas dobles, autobuses con panza de acordeón y mucha gente, conversando. Su Parque Central de costado típico con José Martí otra vez al centro; el esplendor extraviado en sueños que se diluyeron con el hambre, las injusticias y el tiempo.

La Habana tiene el brillo del óxido y la sonrisa salada. Se puede fumar en todos lados y cada uno busca sombra.

Cuando pasa una pareja de extranjeros, que se multiplican como moscas, los ojos de los cubanos

parecen navegar de un lado al otro, constantemente, y entonces pienso que todos han sido marineros, o que lo serán algún día.

Es la ciudad que mira perdida el horizonte con la cabeza puesta en sus recuerdos, se mueve y se mueve bien, con tantas vidas, y baila despacio hasta que llega el silencio y se instala.

No es así La Habana, como una pregunta, sino como un desespero, un arrebató, una travesura que moja sus costumbres en la transparencia del ron blanco, mientras vive su olvido con el rumor de las olas al fondo.

Si La Habana no tiene dinero porque se lo han quitado a pulso, la dignidad de sus próceres y la resistencia de sus piedras y sus brazos enormes, ancianos y fibrosos, abrazan la posibilidad de una contradicción que impresiona: La alegría triste.

Por ejemplo, la ciudad se rinde a la milanesa de cerdo entre dos panes viudos, y al pescado que envuelve una lonja de jamón y otra de queso, pero hace rato que olvidó el bistec de res, quién sabe si es por temor a perder la leche, porque en Cuba, según me dicen, uno de los logros es que todos los niños tienen asegurada un porción de leche hasta los siete años.

La Habana habla de lo que fue o de lo que puede ser, pero pocas veces de lo que es, su risa es de un escapismo elocuente, su calma es notoria. Se entrega con resignación y estoicismo al lugar común que los turistas le reservan, la reivindicación de lo auténtico como un arma en forma de postal: Un fresco-noche de paladares rubio-Europa con flashes fotográficos en la casa del negro empulserado, hombre amable, a

punto de devorar en una sentada lo que la mayoría de sus ciudadanos sueña desde hace unas décadas que, más que en años, se miden en fe. Hay que agregar que en este lugar los dueños de casa comen de pie.

En la pelea estelar de boxeo del imaginario mundial, que no termina, La Habana asume el espacio del cerebro retador, la posición del David sin piedras, la palma de la mano abierta y desgantada para decirle al extranjero: aquí hace falta solo un poco de lo que a usted le sobra, pero nosotros, que nadie lo dude, vamos a ganar.

He visto a miles de personas acá, aunque he conocido a pocas. Todas con las que hablé por más de dos o tres horas continuas, o cuatro o cinco días espaciados, tienen la virtud tatuada, son respetuosos y encantadores, muy inteligentes. La calle está ganada para la gente y ellos no parecen notarlos, andan por ahí, resolviendo sus días como pueden.

La Habana, más segura que las otras capitales que he conocido en el resto del continente, es un calidoscopio de sustantivos enfrentados, una ráfaga necesaria de respuestas imposibles. Es el calor pasmoso, el pasado que nunca pasa, la soledad que regala la fama, y la ruina, o los escombros. Es un lamento cantado con sabor. Un vestido hermoso traspasado por la luz al que le sobran las costuras.

No he tenido tiempo todavía de verla con el pecho descubierto, dejando caer su ropa al piso, y tampoco lo he buscado, pero la he estado mirando con atención, lo más cerca que he podido, y ahora que lo pienso estoy seguro de algo: hubiese preferido encontrármela desnuda. {V}

<p>r <u>ACTA</u></p> <p>Mis sumas, con sus sumandos tiznados, a medias desmoronados, arrojan y arrojan restas.</p>	<p>margarita sobre fondo blanco) a medias llena de leche agria que consumimos durante años y que habrá que ingerir, trago final, noches largas, hasta el final: todo propende (guadaña) a recorrer de una negra mano (tridente) el lecho del Sena.</p>
<p>e Sobras. Desperdicios. Los latones destapados de basura, gatos al asalto de mis sumas, piltrafas acarreado: estoy fletado, porte pagado, en cada suma otra pieza extraviada de una Esencia a su vez pura Apariencia, filosóficos estamos.</p>	<p>La cuenta atrás, acaba (antes de nacer): se seca el aire, el agua en su gota de clepsidra se atasca. En la tierra, incoada, iba a brotar flor morada de rododendro, y afuera el fuego alzaba una llamarada (predispuesta) trastornando de una vez por todas, cálculos quebrados, números desarticulados, en cada suma una división a su fisión, raíz cuadrada del agua que se escurre por imperceptibles fallas en principio selladas: fuego, suero, ascua espesa de una cuantiosa savia tiznada, la tira de carne propia que arrancó el gavilán, blanco coloide</p>
<p>z A todo qué hay su qué hubo, ¿a quién pedir una explicación? ¿Soterrada? Los números no responden, al menor movimiento en sombra de mi mano salen los gatos disparados, rastro de piltrafas, ni qué decirse tiene de qué sumandos son. Restas: una roja con su serie de limítrofes piltrafas infrarrojas, blanco cero al rojo vivo esta baba de caracol retenido por las patas.</p>	<p>(no hay compuesto más simple) grado enésimo de la tajada sobrante de mi descomposición.</p>
<p>o Llegó el verdadero invierno, sin árboles pelados ni ventisca: anoche murió de par en par el sanguíñuelo de enfrente, el mismo ostracismo de blancura de la nieve, se esfumó. La cólera de los dioses adventicios disuelve esta noche la garra del ave de presa que se abalanza y se abalanza, cosas del sueño, a la raja ajada de mis carnes. Qué disuelve el pico del gavilán, pico de rompe y raja, se lleva el animal mi ojo animal a su fuente, toda la diurna naturaleza se ha saciado.</p>	<p><u>FÁBULA</u></p> <p>Será pura mitología, pero en un punto /del Universo existe (sin comprobar) un lugar (y ya eso es algo) contiene un agujero del ancho de un pozo donde cabe una pareja (de aves bimanos monos canes seres epicenos, no encontraremos a Adán y Eva) pozo y sitio en que se alcanza la Inmortalidad.</p>
<p>k <u>É</u></p> <p>S</p> <p>O</p> <p>el pico del gavilán, pico de rompe y raja, se lleva el animal mi ojo animal a su fuente, toda la diurna naturaleza se ha saciado.</p>	<p><u>FÁBULA</u></p> <p>Será pura mitología, pero en un punto /del Universo existe (sin comprobar) un lugar (y ya eso es algo) contiene un agujero del ancho de un pozo donde cabe una pareja (de aves bimanos monos canes seres epicenos, no encontraremos a Adán y Eva) pozo y sitio en que se alcanza la Inmortalidad.</p>
<p>é Aquél que bebió leche negra y se suicidó en el Sena, me muestra la taza de hojalata con la calcomanía (una ígnea</p>	<p><u>FÁBULA</u></p> <p>Será pura mitología, pero en un punto /del Universo existe (sin comprobar) un lugar (y ya eso es algo) contiene un agujero del ancho de un pozo donde cabe una pareja (de aves bimanos monos canes seres epicenos, no encontraremos a Adán y Eva) pozo y sitio en que se alcanza la Inmortalidad.</p>

<p>J. que no diera la propia existencia por encontrar ese agujero. Hay como en todo condiciones: el inmortal se vuelve piedra,</p> <p>O la piedra no se prolonga ni en sombra ni asueto, conversación, objetos de contemplación, crecimiento de índole alguna, exterior, vida interior, a cambio de lo cual se alcanza inmortalidad: su conciencia. La cabeza, números de un reloj astral, la ausencia de movimiento no es óbice de que una hormiga, por igual imperecedera, transcurra por vía fija del ojo izquierdo a la punta del pie derecho, entre pulgar y anular (ligero cosquilleo) ida y vuelta, vuelta y Sísifo (un Sísifo insípido) vuelve a empezar.</p>	<p>del árbol. Trepa la hormiga, atrás queda aquel instante de cosquilleo entre dos dedos (momento estelar en que surge el recuerdo de un horario: desayuno, piscina, nadar acompañado, libros, poema, incluso un albedrío de pájaros, defenestración). Y el Poder y la Gloria y el Trono y Dios trino en su coagulada Hostia, Vino volcado a la una en punto del día (hora enconada) de la última cuchipanda.</p>
<p>K Inmortal dureza. Sin germen. /La íntima materia</p> <p>O impalpable. Nada consustancial, cierto que permanente, indolora, cierto que consciente. El ojo y un árbol. De petrificada sal. Árbol amojamado. Cecina de árbol. Flor cloruro. No puede intentarse imaginar que el árbol es la Amada por el ojo transformada en el Amado. Ca. No hay idear. Sólo un seco venero de materia rasa. Imposible nombrar el árbol, el ojo conocer al</p>	<p>SATORI</p> <p>En el tokonoma quedan once dólares y unos cobres (ese suelto que su padre enseñaba también a proteger) colocados por mano propia, de motu proprio, hace una semana: una naranja, un plátano madurando, dos ciruelas claudias, un vaso de agua serenada: el tokonoma, esté donde esté, bien se sabe, es el centro de la casa.</p>
<p>R ojo inundado de petrificación insípida (pese a lo salobre)</p>	<p>Avatar implica entrar. La casa estará cerrada pero qué casa no tiene puerta. No tumbarla a patadas por falta de llave. Procurar la llave,</p>

<p>instancia real y llevadera, la llave un suceso inesperado o un laborioso esfuerzo, la mente y la mano colaboran en su fabricación. Se abre la puerta, unos dólares, ikebana, dos platillos de cobre, una manzana guía (reluce) en el tokonoma. Cerrar. No mirar atrás. Controlar ese pensamiento en particular, avanzar regulando la respiración.</p>	<p>¿De qué vivo? ¿Cómo, cuánto como? ¿Y qué hacer con los verbos engullir, zampar, manducar?</p>
<p>Niño, ¿ya hiciste tus necesidades? /¿Tomaste té (chanoyu)? ¿Terminaste la tarea? ¿Te cepillaste los dientes? ¿Pasta dental nacional? ¿Verificaste que estén bien las sumas, las multiplicaciones, empleo del verbo estar, la gramática del día, la lección de ciencias naturales, hiciste gimnasia? ¿Rítmica? El niño es una moneda de oro, una pluma de pavo real, tapiz de terciopelo, espejo bruñido, la plausible imagen de futuras existencias, extraviado en un baile de disfraces, a un lado el Buda, a otro lado (¿de qué?) el Rey. Éste es el actor perentorio (hacerle poco caso).</p>	<p>Un mundo rojo. Yo estoy roto. Tengo /un ataque de lumbago desde hace dos días que me tiene a la virulé paralizado de la cintura abajo (arriba). Ni tokonoma ni puerta ni los pasos en la habitación que puedo dar apenas rumbo al espejo me sacan de este suplicio: el desmadre del cuerpo que en un punto de quiebre me hace ver las estrellas. Y no son ni la Galaxia Andrómeda ni Sirio ni Vega. Ni Betelgeuse. No hay espejo, tampoco tokonoma ni Hui-neng que eliminen este lumbago (duele como rayo) no hay pase tibetano de mano, alta magia de lugares altos que alivien.</p>
<p>Dos versiones de un solo conocimiento: una visión y dos percepciones. Y es así: el espejo se ha de conservar día y noche limpio de toda mota de polvo, tal ha de ser el espíritu del individuo, limpio de todo polvo; y dos, dónde se va a posar el polvo si no hay espejo (“yo soy desde el origen la Ausencia Absoluta.” Hui-neng). ¿Me quedo entonces fuera? ¿A qué entrar? No hay avatar, puerta, llave, aparición, esfuerzo. ¿Qué hay?</p>	<p>En un punto intermedio del Universo /encontraré mi equilibrio: por supuesto, no hay que buscarlo ni dejarlo de buscar. Terminar. Una bayeta. Limpiar la fruta, los dólares en posición horizontal, superpuestos. Limpiar y guardar bayeta. Sentarme a ingerir. Agua, ciruela claudia, primero masticar su color, después la forma, a continuación la pulpa, por último el ciruelo, corteza, líber, anillos, a la entrada, en el jardín de casa. No hay casa (que no sea un monasterio). No hay monasterio que no sea (abrupto) jardín, ciruelo, líber y anillos concéntricos, tediosa explicación.</p>

O

ahora la revolución es zen

(un trazo de luz en el cielo)

fragmento:

i

un ave vuela sobre una flor que
flota en el río la vida fluye hacia
la oscuridad que estalla

ahora la revolución es zen
(un trazo de luz en el cielo)
fragmento:

un ave vuela sobre una flor
que flota en el río la vida fluye hacia
la oscuridad que estalla
¿el resplandor te muestra el infinito,
los grandes dorados, utópicos,
o te ciega y te hace vagar
en la ignorancia de creerte en la verdad?
el maestro bastón-sable
en el aire

s

i

l

e

y pueblo en loto
espalda recta
mirada fija hacia el piso
con las horas pasando
hasta un nivel cincuenta
que parte piernas del dolor...

¿algunos no soportan no
poder pensar y se lanzan
a la marea sin ideas devorados son
hasta el fondo una mano
crispada un dedo cianótico
anónimos desaparecidos
dónde está el listado
de sus nombres?

i

son víctimas:
un bloque a un lado y
un bloque adentro
que no puedes nombrar

el bloque adentro es
una sombra
el bloque adentro es
justo
el bloque zen

nómbrale y quedarás

l

el maestro bastón-sable
en el aire

golpeó
al

pueblo
dos veces:

“ahora zen es revolución”

y pueblo en loto
espalda recta
mirada fija hacia el piso
con las horas pasando hasta un
nivel cincuenta que parte piernas
del dolor...

¿algunos no soportan no
poder pensar y se lanzan a la
marea sin ideas devorados son
hasta el fondo una mano
crispada un dedo cianótico
anónimos desaparecidos
dónde está el listado de sus nombres?

son víctimas:

un bloque a un lado y
un bloque adentro que no
puedes nombrar

el bloque adentro es
una sombra
el bloque adentro es
justo
el bloque zen

nómbrale y quedarás
sin amigos penitentes

ahora la revolución es zen
(un trazo de luz en el cielo)

fragmento:

un ave vuela sobre una flor
que flota en el río la vida fluye hacia
la oscuridad que estalla
¿el resplandor te muestra el infinito,
los grandes mundos dorados, utópicos,
o te ciega y te hace vagar
en la ignorancia de creerte en la verdad?
el maestro bastón-sable
en el aire
golpeó al pueblo
dos veces:
“ahora zen es revolución”

y pueblo en loto
espalda recta
mirada fija hacia el piso
con las horas pasando
hasta un nivel cincuenta
que parte piernas del dolor...

¿algunos no soportan no
poder pensar y se lanzan
a la marea sin ideas devorados son
hasta el fondo una mano
crispada un dedo cianótico
anónimos desaparecidos
dónde está el listado
de sus nombres?

son víctimas:
un bloque a un lado y
un bloque adentro
que no puedes nombrar

el bloque adentro es
una sombra
el bloque adentro es
justo
el bloque zen

nómbrale y quedarás

{ V/9 }

AL AEROPUERTO fuimos en el que había sido el coche de la familia durante más de quince años. Un Fiat argentino comprado nuevo por mi padre en 1977 y que había vendido dos años atrás. Mil quinientos dólares le dieron por él.

cuando alcanzabas tu definición mejor
EPIFISCO cuando alcanzabas tu definición mejor

No era mal negocio si se pensaba que lo había comprado por el equivalente a unos quince sueldos suyos y lo había vendido tres lustros después por un precio que correspondía a 75. El viejo pensaba que con los dólares iba a poder comprar comida durante cinco años, pero apenas le alcanzó para año y medio. Setenta y cinco sueldos extras esfumados en dieciocho meses.

Para él, vender el símbolo más visible de su condición de científico respetado en el país, el artefacto que le había permitido a él y a su familia elevarse sobre la martirizada raza de los peatones, debió ser un golpe duro.

moscas contra el cristal
EPIFISCO moscas contra el cristal

Aquel era el máximo sacrificio que él podía hacer por la familia, descontando la venta de un riñón. La venta fue ilegal, por supuesto. Me refiero al coche, no al riñón. Los coches que el gobierno vendía sólo podían ser comprados por el propio gobierno, de manera que las partes de una transacción ilícita quedaban atadas entre sí hasta que la muerte o algún sucedáneo los separara.

cuerpos dos o tres veces más grandes del que iban a abrazar. Téngase en cuenta que al hacer esto trataban de disimular sus reacciones. Aún así, durante los tres años que trabajé en un cementerio nunca había visto tanto derroche de patetismo como en aquel aeropuerto.

Casi enseguida llegó Tejuca, mi amigo pintor, junto a Marlén, su mujer, ya por los siete meses de embarazo. La imagen de Marlén con su barriga en ristre y un vestido ligero de algodón verde y con ese aire de habitar en el purgatorio dulce de las embarazadas, es una de las que mejor recuerdo de ese día. De mis amigos, ellos eran los únicos que se habían atrevido a reproducirse —con premeditación— en aquellos años. Gente valiente.

La empresa de tener hijos, además de incosteable, te ataba al país por tiempo indefinido y eso era fatal cuando el principal proyecto de casi toda mi generación era exactamente lo opuesto. Tejuca contaba con unas manos que le permitían el lujo de tener un hijo en aquellos días. Manos con dedos descoyuntados falange a falange que servían para pintar cuadros, crear una escenografía de teatro o hacer piñatas para fiestas.

La otra ventaja de Tejuca era que carecía de la repugnancia que dominaba a nuestra generación a la hora de tratar cuestiones de dinero. No se entretenía en posar de pintor obsesionado en la pureza de su arte. Se ganaba la vida sin pensar que construir piñatas fuera algo indigno de su talento o que pintar un cuadro por encargo equivalía a vender el alma. Tampoco se desvivía por ganar más dinero del que necesitaba porque justamente la finalidad de su existencia siempre había sido vivir de la manera más tranquila posible.

Antes de pasar por la aduana nos quedamos parados un rato, hablando. Intentábamos parecer lo menos sospechosos posible entre el personal aborígen. Mi madre seguía dándome consejos entre los cuales intercalaba el recordatorio de que la llamara al llegar y que le escribiera en cuanto pudiese, mientras mi padre me apretaba la nuca con una mano. Tejuca, mi hermano y yo

empezamos a bromear y a reírnos de cualquier cosa que se nos ocurriera.

Podría decir que tratábamos de aligerar la tensión del momento, pero lo cierto era que nunca que nos encontrábamos los tres habíamos podido hacer otra cosa. Terminamos arrastrando al resto del grupo a nuestra diversión y hasta mi madre soltó alguna broma.

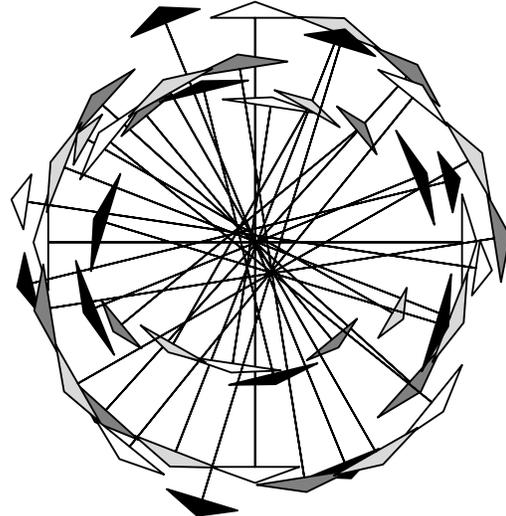
Llegó el momento de despedirse y con él se apagaron las risas. Nos separamos al fin y luego de dar unos pasos me volví hacia los que quedaban atrás y dije:

—A ver, ¿quién se atreve a hacer un chiste ahora?

Eso fue lo que me contó Tejuca hace poco. Yo lo había olvidado. Me imagino que en aquel momento no andaba muy atento a los detalles. A mí me esperaba una nueva vida y debía concentrarme en ella. Por fin entrábamos en el territorio de la aduana. Cleo pasó primero. Un hombre de uniforme le preguntó si viajaba sola y si dejaba al novio en Cuba.

Ella respondió que sí a ambas preguntas. Entonces quiso saber —la curiosidad de los funcionarios puede ser infinita— si no le preocupaba dejar a su novio detrás.

—No. Lo dejo bien encaminado —dijo Cleo y se despidió sonriendo.



ME TOCABA presentarme ante el funcionario de la aduana en el aeropuerto José Martí. Luego de revisar mi pasaporte y el boleto me preguntó:

—¿Y tú qué piensas hacer en Alemania?

No tomé aquella pregunta como parte de una simple rutina. La tomé como asumía casi todo en aquellos días si provenía de un representante del gobierno: como un reto. Soy tan cobarde como cualquiera, pero detesto que se me note. No hay nada en mí que pueda ser asociado a la valentía y sin embargo en ciertas ocasiones me resulta casi imposible mantener la boca cerrada.

—Lo mismo que harías tú si pudieras ir —luego de una pausa suavicé el tono—. Pasear, divertirme...

Y dejé la frase colgando frente al aduanero que no atinó a responderme.

Obviamente su pregunta era la de alguien acostumbrado a abusar de la angustia que comprimia las almas nativas cuando pasaban frente a él. En cualquier caso mi respuesta era difícil de justificar. Le había dado la oportunidad perfecta para revisar el maletín, encontrar algo sospechoso. En un lugar así cualquier cosa podría serlo.

Pero en esos días no tenía la costumbre de detenerme en esas consideraciones. Era un cobarde en vena heroica que se había pasado los últimos años jugando a tantear ciertos límites en coyunturas que, vistas a la distancia, eran perfectamente ridículas. Momentos en los que no se decidía nada importante salvo confirmar mi incapacidad de quedarme callado.

Quizás también quería desquitarme de la afrenta de no haberle dicho a aquel agente en la Oficina de Inmigración que no pensaba regresar ni colaborar con él. Quería dejar claro hasta el último momento que me atrevía a decir lo que otros callaban, aun a riesgo de que ése no fuera el último momento y lograr que mi viaje de seis meses terminase en un salón de interrogatorios.

Así de astuto podía ser yo. (Pero no se engañen. No he madurado tanto como para no sentir cierto orgullo por lo que le dije esa tarde al aduanero. Es la soberbia del que sobrevive a sus propias tonterías y siente que de alguna manera estas le permiten asumir que, pese a todo, conserva su dignidad intacta.)

Continué caminando. Trataba de aparentar seguridad, pero con la tensión de quien teme que en cualquier

momento lo intercepten. Cuando creí haberme alejado lo suficiente del mostrador de aduana me volví para despedirme por última vez de los míos. Allí estaban todos juntos alzando las manos hacia mí aunque tratando de guardar cierta compostura.

Todos menos mi padre. Su cabeza canosa se había colado por el hueco de unas estructuras que marcaban la separación entre viajeros y acompañantes, tratando de acortar aunque fuera un poco la distancia, de ganar un trozo más de visión que los otros. Era como si mi padre, para el que cualquier señal de cariño era una muestra de debilidad, se abandonara a sí mismo en el último minuto. Aquella cabeza gris asomándose hasta donde nadie había podido llegar intentaba decirme lo que su lengua había callado toda la vida.

Luego nos hicieron avanzar hacia la salida y perdí de vista la cabeza de mi padre. No quedaba otra opción que mirar a través del ventanal que daba a la pista de aterrizaje.

Enseguida mi mirada se concentró en un autobús que transportaba pasajeros hasta uno de los aviones. Por la ventana trasera se asomaba una mujer joven vestida de blanco. Vestido, chal y turbante blanco. Le hacía señas a alguien parado en la terraza que estaba justo encima de donde estábamos nosotros. Abría los brazos y pegaba las manos al cristal, mientras se contorsionaba como si en ese momento estuviera cayéndole en la espalda un chorro de agua demasiado caliente o muy fría. En algún momento se llevó las manos cerradas hacia el pecho para enseguida lanzarlas ya abiertas hacia delante, hacia el cristal y más allá, a la terraza que estaba encima de nosotros. Sus gestos eran exagerados y espasmódicos, como los de una película silente muy dramática.

Como en aquellos dramas mudos, había algo que sin quererlo se deslizaba hacia la comedia. Una película con una trama sencilla y un título no menos simple: *La despedida*. Esa imagen, la de la muchacha vestida de blanco pegada al cristal del autobús, es la última que tengo de Cuba. {V}

POCO se ha divulgado la vida del controvertido Juan Bautista Spotorno, un jefe de milicias españolas que se hizo insurrecto y llegó a ser presidente interino de la República en Armas. Promulgó el célebre decreto con su nombre, donde se determinaba que cualquier persona portadora de proposiciones de paz sin independencia debía ser fusilado. Tres años más tarde integró el comité que gestionó la paz con los españoles y que fuera propiciador del Pacto de Zanjón. Terminó siendo autonomista.

Puedo imaginar que en las huestes del Ejército Libertador debió haber numerosas personas como Spotorno, de quienes resulta difícil asegurar que se equivocaban cuando ellos creían estar acertados, o que estaban en lo cierto las veces que creyeron estar equivocados. Hombres llenos de contradicciones, bajas pasiones, virtudes, defectos personales y de cuanto ingrediente lleva un ser humano normal y mortal. Sin embargo, el velo de la gloria cubre a todos los mambises con la misma dignidad, porque los héroes, los mártires, son la sustancia viva de la historia en la memoria de los pueblos. Ellos tiñen con su sangre los imperecederos colores de las banderas y con sus gritos de guerra y alaridos de dolor llenan de acordes altisonantes los himnos patrios.

Cada época posee sus paladines. La lucha contra Machado tuvo a Julio Antonio Mella, luego expulsado por indisciplina del partido que él mismo había fundado, pero finalmente abriga-

do en su frase final: “Muero por la Revolución”. La lucha contra Batista tuvo un José Antonio Echevarría, católico ferviente que nunca hubiera aceptado la imposición del ateísmo comunista, pero que no pudo ser sacado del panteón revolucionario porque murió acribillado a balazos con una pistola en la mano.

Una vez le oí decir a un condecorado de Playa Girón haber sido testigo de que no todos los fallecidos habían caído combatiendo de frente y lo mismo escuché de un veterano de Angola, donde hubo casi más bajas por accidentes, asesinatos y fusilamientos, que en acciones bélicas. Pero la gloria, aunque no logre ser eterna, es generosa y basta haber muerto en el lugar y en el momento preciso para ser bendecido por ella.

Los vivos son los que luego tienen problemas. La mayoría de los altos oficiales del Ejército Libertador que sobrevivieron a la guerra terminaron, salvo honrosas excepciones, desilusionados o corrompidos en la República. El escenario se repite una y otra vez. Muchas veces me pregunto ¿qué estaríamos diciendo ahora de Camilo Cienfuegos si hubiera seguido repitiendo durante 50 años aquello de “Vas bien, Fidel”. Los turistas no comprarían hoy las camisetas con fotos de Che Guevara si todavía lo tuviéramos al frente de algún ministerio, que sospecho tampoco funcionaría.

El epíteto que engloba a una pléyade de héroes casi siempre le queda inmenso a cada uno, pero la culpa no es de ellos sino de los propagandistas de una u-

otra índole, que se esmeran en inventar calificativos de angélicas vibraciones, ajenos casi siempre a las miserias humanas, a los apetitos, a los vicios y resabios que nos hacen inmerecedores de toda aureola.

Ahora mismo, la tardía cordura gubernamental está a punto de dismantelar el episodio de los 75 encarcelados de la Primavera Negra de 2003. Dentro de poco tiempo dejarán de ser “los defensores de los derechos ciudadanos, víctimas de la cruel represión de la dictadura” para ser, para volver a ser, ellos mismos.

Se aproxima el momento en que descubramos que entre ellos puede haber uno que no sepa en cuál letra lleva acento la palabra *política* y otros que no quieran volver a oír nunca más el nombre de Cuba, y no dudo que haya alguno que quiera ahora divorciarse de su Dama de Blanco, la misma que domingo por domingo, durante siete largos años, fue a la iglesia de Santa Rita a orar y a gritar por su libertad. Los habrá que digan una tontería en su primera entrevista o que firmen lo primero que le pongan por delante.

Habrà de todo, porque de todo hay. Pero quiero que se sepa una cosa: para mí, que tampoco soy perfecto, seguirán siendo “los 75”, ese grupo que nunca estuvo junto en ninguna parte y donde probablemente no haya tres que se puedan poner de acuerdo en dos puntos. Pase lo que pase con los árboles, ese bosque estará en mi corazón. {V}

su i l l e r m o s f a r i ñ a s



con
el
abismo
de ntro

(capítulo 3)

LOS CADETES estaban sorprendidos, aquella era la primera formación en el polígono de infantería de la Unidad Militar Frente Olivo. Habían transcurrido dos días desde el arribo a ese sitio. Para Miguel el aire era denso; como si no quisiera circular en aquel lugar. Las narices no se acostumbraban a la fetidez de la carne humana descompuesta de varios días y en su gran mayoría, sentían náuseas. Eran las seis y treinta de la mañana y todos los miembros de la unidad de combate, incluidos los cocineros, estaban en posición de “descansen”, con las manos tras la espalda a la altura de la cintura.

A todos los embargaba un sentimiento de curiosidad debido a lo que sucedía en la tarima, la cual dominaba el lugar por poseer la mayor altura en aquella planicie. Ante todos se presentaba un hombre realizando ejercicios con su espalda acostada en un banco Hércules.

{V/16}

El hombre se ejercitaba ante el selecto público, integrado por cinco batallones en plena disposición combativa. Permanecían alineados en posición de pie izquierdo adelantado con respecto al derecho. El silencio era absoluto. Las moscas hacían giros erráticos y zumbaban a discreción. El hombre era alto, de cuello grueso y pecho encanecido, aunque con un volumen muscular bastante llamativo para su edad. Usaba un pantalón de camuflaje coreano verde-olivo con manchas carmelitas y unas botas de piloto de aviación de combate, que tanto usaban los oficiales superiores del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias cubanas.

Pero no era cualquier hombre aquel que hacía repeticiones de pecho levantando la palanqueta con ciento ochenta libras. Era un oficial de alto rango dentro del ejército cubano, el General de Brigada Antonio Enrique Dulzón Escalona, quien fungía como jefe de todas las unidades subordinadas al Frente Olivo en todo el territorio de Angola. No obstante esa posición superior, su ubicación dentro de los frentes de batalla, no era como la de otros generales cubanos, que residían en la segura capital, sino en medio del Frente Sur, en los suburbios de la capital del sur rebelde: Huambo.

La Unidad de Combate Frente Olivo se localizaba en un valle intramontano. Fue, durante la etapa colonial de Portugal, el Regimiento de Paracaidistas de Nova Lisboa. Ahora, las cimas de las tres montañas estaban ocupadas preventivamente por sendas guarniciones de soldados subordinados a esta unidad élite, para evitar una sorpresa.

Tras la tribuna, una jaula de hierro que semejaba un contenedor, suspendida en el aire y atada a una gruesa cadena de metal aguantada a un rail de línea en el piso, daba un aspecto grotesco en cuanto a plasticidad.

Los soldados miraban en el interior de la jaula, tras los gruesos barrotes, en dirección a donde se encontraba el jefe de la unidad, que se ejercitaba sobre la tarima engrandeciendo su masa muscular, los rostros aterrorizados de doce negros angolanos famélicos con ropas de combate sucias. El General apenas se inmutaba y levantaba los hierros con suavidad para después dejarlos caer hasta

cerca del pecho y tomar la venganza de alzarlos nuevamente con fuerza.

Dejó de hacer los ejercicios bruscamente. Un pequeño negrito, casi un niño, le pasó la toalla por su rostro y le secó el sudor. El churre quedó prendido de la tela. Dio unos pasos sobre la tarima hasta acercarse donde estaba un pomo de agua que le ofreció aquel niño al que nombraban simplemente Marquiño, El Lazarillo, quien era una especie de criado del General Dulzón, quien bebió con calma para saciar la sed. Para el fisiculturista había un calor insoportable y el viento estaba ausente la mayor parte del tiempo. A veces un remolino enrollaba el polvo y lo soltaba a lo lejos. Todos se mantenían en silencio.

Con una premura ceremoniosa, dos viejos soldados le trajeron una mesa de hierro con una palangana en su centro. Otro, no tan viejo, cargó un cubo de agua, mientras un soldado de mediana edad le acercó una máquina de afeitar desechable, un tubo de crema para afeitarse marca Palmolive, y una jabonera.

El General se afeitó con mucha calma. No le importaba el grupo de soldados subordinados, que se mantenían de pie en posición “descanse”, ni el silencio enfermizo del lugar. Untó la crema que le ofrecía el soldado, pasando los dedos por su rostro. El Jefe no tenía apuro, se sabía el dueño de la vida o la muerte de todos los allí formados. El soldado le había alcanzado una máquina desechable nueva del paquete y con ella se rasuraba con paciencia. Le enviaba un mensaje a todos los subordinados: “Esperen hasta que me dé la gana. Yo soy el que manda aquí y por encima de mí ni el mismo Dios, si es que existe”. El hombre que se siente dueño de la vida y la muerte mira a los soldados desde la tarima con lástima de guardias muertos.

Cuando el General terminó de enjuagarse el rostro oloroso a nuevo, se lavó debajo de ambas axilas. El soldado le trajo la toalla, siempre vigilado por Marquiño, El Lazarillo, de quien se comentaba era un niño recogido en medio de la selva por el propio general.

—Muy bien soldado. Ahora quiero la ropa —gritó.

Limpia y con felpas suaves pasa la toalla por su cuerpo mojado y oloroso,

cuerpo que después cubre con una camiseta verde olivo, camisa de camuflaje y un zambrán militar de color verde oscuro.

El General Dulzón no estaba de buen humor y no le importaba la adulonería. Al levantarse, el Jefazo se había enterado que su hija menor se casó con un tenientico de mierda del Ministerio del Interior, sin su consentimiento. Él odiaba a los agentes de esa institución. Dulzón tenía el humor de perros por saber que el tenientico además era un negro de basura. Solo él y sus subordinados más cercanos lo sabían. La nota había llegado en la mañana. Ordenó meter en la jaula de la tarima a un grupo de negros para escarmentarlos. “Doce”, dijo como queriendo matar a los apóstoles y lo dijo tajante: “Quiero dar escarmiento, quiero la sangre de esos infelices, hacer un charco en la magra tierra de este infierno donde estoy castigado”.

Al terminar de vestirse notábase la dureza de los labios y la frialdad de la mirada. Su rostro siguió inexpresivo a un teniente blanco, alto y delgado, con una pistola Stincher de veinticinco tiros, un regalo de los rusos, fabricada durante la Segunda Guerra Mundial, cuando ocuparon Alemania y se llevaron junto a la fábrica a ingenieros, operarios y obreros para una ciudad cerrada y escondida en el medio de unas escarpadas montañas de la cordillera que divide a Europa de Asia: los Montes Urales.

El General le dio una patada al piso y se puso en posición de “firme” frente a todos los formados. Solo entonces se vio sobre la tribuna un coronel de estatura pequeña, pelo negro, ojos saltones y piernas zambas, quien se presentó en la noche del arribo ante los recién llegados pre-cadetes. Este oficial era quien velaba por la mantención de la pureza ideológica de los militares del Frente Olivo, era el Sustituto para el Trabajo Político.

Tomando el micrófono gritó:

—¡Primeros oficiales, oficiales subalternos, suboficiales, sargentos, pre-cadetes y soldados: firmes para pasar revista...!

Todos se pusieron en posición “firme”. El Coronel Néstor Hoguera Inquisidor informó por el audio local:

—Debido a que el General de Brigada Antonio Enrique Dulzón Escalante tiene una conferencia urgente con el

Mando Superior en La Habana dentro de treinta minutos, no se procederá hoy a pasar revista como está establecido todos los días lunes, pero el jefe de la unidad les dirigirá unas breves palabras a los aquí formados.

Y se alejó de los micrófonos con respeto y subordinación, mientras le hacía un gesto al General Dulzón con la mano derecha extendida e indicándole hacia el lugar que acababa de abandonar.

El General se acercó a los micrófonos sin perder su calma. Había un silencio absoluto y el sol castigaba enormemente. Los brazos del General ajustaron el zambrán, la cartuchera y la pistola. Tomó unas bocanadas de aire antes de hablar. Sus brazos estaban en forma de jarra y levantando la barbilla dijo:

—Soldados, como ustedes conocen, el Ministro de las Fuerzas Armadas, el General Raúl Castro, ha enviado un grupo de cadetes a pasar su periodo de pre-cadetes en nuestra unidad de combate, para que huelan la pólvora antes de ser oficiales. El propio Comandante en Jefe denominó a esta unidad con el simbólico nombre de Frente Olivo. Demostremos a estos jóvenes hermanos de armas recién llegados cuál es la función de nuestro Frente Olivo en esta guerra.

No hubo aplauso. Su mirada dio un paneo para ver a todos los espectadores:

—Después de mis palabras, el Capitán Cepeda González, quien dirigió una excelente emboscada contra una columna infiltrada de la UNITA en el territorio norte de Huambo, y logró capturar con una no menos excelente maniobra táctica a la mitad de los bandidos, procederá a ejecutar ante la formación a uno de los prisioneros capturados en combate, por lo que será propuesto para recibir la medalla de Servicio Distinguido.

La cadena que sostenía la jaula chirrió, pues bajaba lentamente. Dentro, los rostros de aquellos aterrorizados y sudados negros caracoleaban los sentimientos de terror. La mirada era de espanto de pasar de pronto a ser unos negros muertos.

La jaula tocó el piso. Todos los prisioneros se aferraron a los barrotes, para no ser sacados ante la inminente ejecución. Aparecieron unos custodios con perros pastores alemanes, mientras que

otros soldados les rompían los dedos contra los barrotes de hierro, a culatazos. Se introdujeron dentro de las jaulas y con látigos de goma golpearon a los detenidos. Arrastraron a tres de ellos hacia fuera. El resto miraba, incrédulos, ellos por hoy se habían salvado.

Los custodios lograron tener fuera a un trío de prisioneros que se resistían a ser ejecutados. Los gritos eran desgarradores. Los observadores novatos de la cruel escena, aunque en posición de “firme”, se mantenían a la expectativa. No podían creer lo que sucedía en aquella tribuna improvisada.

Arrodillaron, alineados, a los tres detenidos, atados de manos y pies. Había lágrimas en los rostros. Estaban frente a la formación. Esta sería la primera ejecución pública que estos pre-cadetes ya soldados observarían.

Con ceremoniosidad, el General Dulzón desenfundó su pistola marca Stincher y, con la ayuda de los guardianes, le introdujo el cañón de la pistola dentro de la boca a uno de los cautivos.

El sol quemaba con más furia. Era un día precioso para ponerse a matar o morir en aquella selva. Un silencio ceremonial. El polvo que se levantaba por el leve viento solo traía los olores a orina y la fetidez de las heces fecales de los que serían ejecutados. Con el sonido retumbante de un disparo, los guardianes que maniataban al condenado estaban salpicados de sangre, pero con rostros morbosamente satisfechos. El kwacha era un cuerpo muerto. Ya estaba muerto desde que fue capturado. Su destino lo habían marcado desde el comienzo de esa guerra que no era la nuestra. Por fin su agonía terminaba.

La vida no era nada. Unos segundos podían determinar el final de la creación de Dios. Nadie podía estar seguro de permanecer eternamente en estas tierras. Todas las guerras son iguales. No existen los buenos y los malos, solo los cuerpos vivos o muertos.

El General Dulzón realizó un gesto imperativo con su canosa cabeza e inmediatamente el grupo de cortesanos con uniformes militares se dirigió hacia él, ayudándolo a quitarse la camisa manchada de sangre. Se puso otra. El General se dirigió nuevamente a sus subordinados:

—¡Formación, fiiirmes! Ahora le doy la orden al Capitán Mariano Cepeda, por ser el oficial a cargo que se destacó en la emboscada, de ejecutar a otro de los kwachas —hizo una pausa y lamió sus labios—. Por favor, oficial, preséntese sobre la tribuna —ordenó.

El capitán era muy delgado, pero de cuerpo atlético y fibroso. Su piel era negra y el pelo muy lacio. Se movía con soltura y su mirada era triste, fría y sin vida. Su andar se parecía al viento, pues sus botas no se sentían. En dirección a la tribuna pasó cerca de los pre-cadetes formados y se pudo oír tarareando una canción del Benny Moré. Caminó decidido saltando cada obstáculo, la escalera rudimentaria y el cuerpo ensangrentado del prisionero, hasta llegar donde el resto. Saludó marcialmente al General. El jefe apenas lo miraba. Le gustaba mirar a lo lejos, dueño del mundo, al final del castigo de estar tanto tiempo en esta maldita guerra que nadie sabía cuánto la odiaba. En Cuba, los ejercicios del ejército eran otra cosa. Reinaba la paz, aunque el grito de la contienda estaba entre todos. Psicosis que penetra desde muchacho con tantos cantos patrióticos y consignas contra el enemigo imperialista. Serían como el Che, todos guerrilleros a ultranza.

El General le ofreció al Capitán su pistola Stincher y, mirando en dirección a los dos prisioneros indefensos, arrodillados en el piso, le dijo al jefe:

—Quisiera pedirle que me deje matarlos a mi manera, como en la selva, con los prisioneros que ya no nos son útiles —y sonrió.

—No tiene objeción de mi parte, Capitán, pero hágalo con rapidez y eficacia.

Mariano se acercó a uno de los prisioneros. El aire comenzaba a soplar con fuerza y lo que antes fue una simulación de remolino se convertía casi en pequeñas tormentas de polvo.

El Capitán tomó uno de los fusiles AK-47 y con la culata golpeó la cabeza del kwacha. Luego le dio en la rodilla, sintiéndose el hueso roto donde Miguel. Los gritos de dolor eran aterradores. La sangre rodó. Se mezclaba con el polvo. Sacó el cuchillo comando con su mano derecha, mientras que con la izquierda haló los pelos de la cabeza hasta dejar

el cuello a la vista del peculiar auditorio. Lo degolló con una lentitud malsana e innecesaria. El cuerpo convulsionaba y dio algunos saltos sobre la tarima.

El subalterno no había terminado, vaciló un momento antes de cercenar las orejas, como trofeo de guerra.

—Estas orejas son en memoria de Vladimir Arcea García, muerto en esa emboscada en un desgraciado combate.

Tiró un escupitajo que fue a parar en el rostro del occiso y pateó el cadáver hasta verlo caer fuera de la tarima. Tenía el cuello destrozado y la sangre corría igual a un torrente. Dijo a manera de pregunta:

—General, la misión está cumplida. ¿Puedo retirarme?

El General asintió con un movimiento de cabeza, para luego agregar a uno de los oficiales que estaban allí:

—Teniente Coronel Inocente Bravo León, que Retaguardia le dé una cuota adicional de alcohol al Capitán Mariano “Caza-Savimbi”. Se la merece por su valor y decisión.

Luego se acercó a la formación y, como en un pase de revista, les gritó:

—¡Cadetes! Ahora pasarán la prueba de fuego y vayan acostumbrándose, que no harán nada del otro mundo. Personalmente me incorporé al Segundo Frente Oriental con el General Raúl Castro, a la misma edad que ustedes tienen ahora, y aprendí a matar para que no mataran.

Miró con desprecio los rostros estupefactos de los soldados. Ahora la formación se daba cuenta que la orgía sedienta y hematosos los rozaba a todos. El General dio una vista panorámica, para luego preguntar:

—¿Quién de los cadetes da un paso al frente para ejecutar al último kwacha?

El silencio era total. La mirada del General Dulzón les aterrorizaba. Las pisadas del alto oficial retumbaban en los oídos. Ninguno se atrevía a subir a la tribuna. El General, al no ver voluntarios, se dirigió a toda la formación:

—Bien, ya que ninguno se decide, personalmente escogeré al que matará a ese kwacha. El que no la cumpla se insubordina al mando en tiempo de guerra, y lo tendré que fusilar aquí mismo en Juicio Sumarísimo.

El General señaló al azar con el brazo extendido y sosteniendo su pistola Stincher. La cabeza negra de uno de los cadetes palideció. Era de apellidos Trutié Salazar y de nombre Vladimir. Era un guantanamero descendiente de haitiano que arribó en el último vuelo. El jefezo le gritó con prepotencia:

—¡Cadete! Diríjase a la tribuna de inmediato y proceda a ejecutar al negro este, no tengo todo el día para estar aquí.

El cadete miró al General aterrado. En ese momento él quería ser el muerto. Mantuvo su mirada pocos segundos en los ojos del General, pero no pudo sostenerla. Caminó lentamente saliendo de la formación. Sudaba mucho. El sol y el polvo lo castigaban de sobremanera. Pero sobre todo el conocer que mataría a un ser humano. Sorteó los cadáveres bañados de sangre, la escalera y a los hombres que se mantenían sobre la tarima.

El General le alcanzó la pistola. A Trutié le pasó por la mente darse el tiro él mismo, pero de solo pensarlo la barriga le dolió. El mundo en verdad era vasto. Las filas uniformadas le parecían petrificadas. El cielo estaba limpio y azul. No escuchaba los sonidos del ambiente. Solo miraba las piezas organizadas de hombres que iban a la muerte. La fetidez de la sangre le daba náuseas.

Los de abajo vieron las lágrimas recorrer el rostro increíblemente oscuro del cadete, que se acercaba adonde el prisionero lloroso y sucio. Padre de familia seguramente, enemigo también, pero de quién. El cadete tenía miedo sin duda. Todos lo sabían y el General sonreía.

Comenzó a soplar un viento fresco y a la distancia unos nubarrones describieron espectaculares figuras de algodón negrusco. Relampagueó varias veces hasta sentirse el estruendo del trueno.

El cadete puso la pistola en la cabeza del condenado, eso sí, sin mirarle el rostro. No quería saber quién era, no le importaba si era padre de familia y mucho menos el enemigo que nunca fue. El muerto tenía que ser uno de los dos. Haló el gatillo de un solo empujón y el ruido se confundió con el sonido de un trueno. Se percató de que el hombre estaba en otro mundo cuando noto las salpicaduras de cráneo y sangre caliente en su cara y ropa. Era solo su primer muerto por estas tierras.

Uno de los custodios le quitó la pistola. El cadete fue caminando como un autómata, sorteando los obstáculos sin mirar de frente a nadie. Primero, el último muerto. Después las escaleras, el segundo muerto, y finalmente el primero, que aún tenía una sonrisa macabra en su boca. El General hizo un saludo militar y dijo al micrófono:

—Ya saben que esto es la guerra real, y en una guerra real o te matan o tú matas. Por lo que mientras ustedes estén bajo mis órdenes en el Frente Olivo, que les quede bien claro, que nosotros aquí en esta tierra de negros, selvas, ríos y serpientes, vinimos a matar. {V}

{V/20}



vez o doble presentación, la RE, la REPRES, la entrada por el aro, el encajado carril, la máscara política del relato en beneficio de una actitud negativa y fundacional: la búsqueda de una gravedad otra, una huella en el viento, un aire crocante y menos viciado, otra respiración: la diferencia. Sosegada perturbación y consoladora alteración del equilibrio. Un alojamiento incómodo, embarazoso, apasionado y lúdico. Una atrofia. Una anomia.

Auschwitz

Teatro Improvisado Barracón de Reclusos

En el Hueso

Pasos

De Piedra Piojos

Desertores Como Público

Yagas Con Lámparas De Asombro La Llovizna Lleno Total

Carroñas y Centinelas En Su Ronda

De Tanto Banquete

Muerte

Por

La Obra De Teatro

Pregunta

El Coma Andante

De Quién y Para Quién

Pregunta

Silencio

Nadie A Su Dolor Responde

Callar Es Conveniente

Los Segundos De La Razón Están Contados La Cólera

A Punto De Tomar El Mando

Es Una Bomba De

Tiempo (Víctor Varela: "El abismo de los pájaros", 2010)

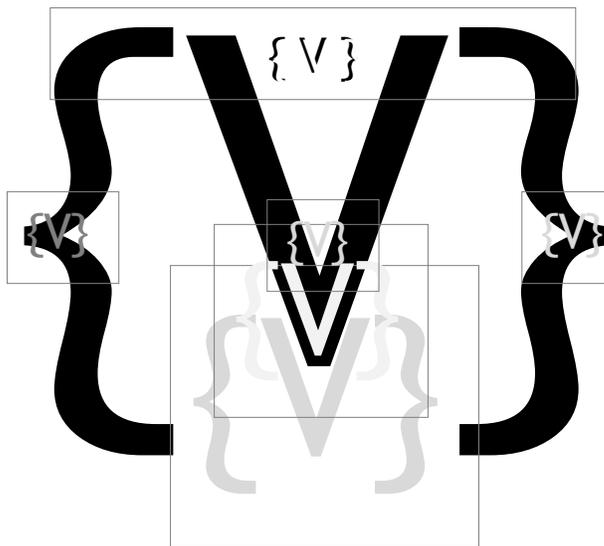
Y finalmente, luego de haber pasado por la experiencia del ver, de contemplar la danza de lo improbable sobre las afiladas astillas de mármol, que nos ha revelado la herida estatua de la fuga, apenas habremos comenzado a captar una *imago*. Como taciturnos pelícanos, amordazados secretarios de una escritura que admite a más de un autor, tendremos que soportar una avalancha "...que no se concreta en la puesta en escena sino en el espectador que la percibe, una puesta laberíntica, en la que se funden los elementos rituales y espectaculares a partir de una reconfiguración de

referentes diversos, junto a un concepto amplificado de teatralidad..." (Jaime Triana, "Víctor Varela: teatro y obstáculo", 2010), ya que el texto que más se aleja de su representación es el más teatral de todos. Impotentes ante tal usurpación de nuestros inflamados buchones, tal expoliación de nuestros ansiosos sedimentos, tal extorsión de nuestros gordos y fofos recipientes, tendremos que cruzar los dedos o mordernos la lengua para no malograr su excesivo brote. La paradójica visualización de una escritura que explota y destierra su atributo particular a lo imposible, nunca hubiera existido sin su propio consentimiento temperamental. Desde ese margen hará gárgaras de tinta con nuestra sola presencia. Desde ese filo nos devolverá el cerebro intacto, antes de moldear como la primera vez. Entonces nos cantará rabiosamente al oído el himno olvidado del arte y luego, sin violencia, amistosamente nos dará la mano para imprimirnos en la palma un tatuaje, y así liberarnos de los imantados brazos de la más atroz y despiadada ilusión. El velo de maya de la estafa.

Rendidos de la forma más fresca, invitados definitivamente a la fiesta de los vegetales, el pacto con las lechugas será inevitable. De nuestro cuerpo brotarán ramas, hojas, gruesos repollos barnizados por la apariencia más verde. Desde entonces nuestra colaboración será vehemente, aun en la más mordaz de nuestras negaciones-brócolis. Repoblados y reforestados a pesar de la imperante contaminación, de la vergonzosa dosis de idiotez que ha distribuido alevosamente la época. En medio del rayo último, del impacto más letal, con suerte nos descubriremos coautores. En ese instante una llovizna de agua salobre nos alumbrará. Tendrá lugar el carnaval de las turbinas y sabremos por fin que el aparato que nos cultiva para la falsa igualdad es el mismo que nos surca para la falsa individualidad. Entreveremos que el cante que emite cualquiera de nuestras tripas en la difícil digestión del abuso político, o el perro que ladra ahora mismo detrás de la puerta visceral del lector, escriben.

No habrá escape. Podremos sembrar gomas de borrar tijeras, empapelar la Isla con papel plateado para que refleje luz de

cacao. Ofrecer un sol de chocolate, un meridiano con dientes, una comparsa africana de merengue en plena rabia para que ciegue la nítida visión. Podríamos incluso ser más capitalistas. Lavar cada párrafo en el *laundry*. Secarlo en una pantalla edificio de *Times Square*. Doblarlo en la luna, *Be the solution not the pollution* (slogan publicitario encontrado en el *subway* de Manhattan), para que la indiferencia del mercado lo disuelva en la más ominosa negligencia, funesta distracción masmediática. Nada será suficiente para evitar el advenimiento de la imagen legítima, certificada. Entonces nosotros, antes de morir, en medio de la definitiva catarsis, nos autodescubriremos a veinte mil leguas de nuestras lágrimas y por fin estaremos a salvo de la falsa percepción, la engañosa mirada de la fobia. Nos daremos cuenta de que el escurridizo lugar, la secreta comarca, el remoto territorio donde se afianza este texto, es un espacio ilegal, improbable, que no capta el satélite, ni aparece en los datos computarizados de *map search*. Un espacio injustificado, indebido. De temperamento grave y superfluo. Desdibujado perfil. Borroso número. Garabateada huella. Tenebrosa identidad. Renegada diáspora.



Suspendidos en el aire, atravesados por un arco iris de contrapuestos sentidos, nos llegará el momento colectivo. Será filosófico y rotundo. Conoceremos. Reiremos. Pertenece por igual al cielo y la tierra, el espejismo y la gnosis. Felizmente llegaremos al final de la sardónica tragedia. Sacaremos al futuro debajo de la estera de tanque en el oscuro refugio de la gleba, y lo echaremos a volar, lo pondremos otra vez como debe ser, por delante. No durará mucho, pero al menos dará para salir de la Edad Media y latir un poco antes de que nos abandone nuestra amada. “Tú eres una cuenta de banco. Payaso número uno frente a los impuestos. La ley llora por sus lobos. Algo huele a podrido en todo este desempleo. ¿Cómo se escribe esperanza?” (Víctor Varela: “Cuba material”, 2006). La aldea global, temblorosa de ansiedad, con las partes abiertas, palpitantes, húmeda de arriba abajo, desbordante de deseo, nos abrazará hasta triturarnos.

Ya muertos, la ceniza nos regalará una novia de fuego fatuo. Como átomo, le pediremos la mano y nos será concedida. Una vez desposada nos mostrará la puerta prohibida. Tendremos entonces los cojones de no conformarnos, la fuerza de patearla. Nos recibirá una larga mesa puesta de quimeras: etéreas misceláneas, manjares de arena, sonrisas mecánicas, sopa de candelabros, llamas de plata, doradas pelucas, hongos de gas, estrellas enlatadas, bucólicas mentiras, inútiles exaltaciones. La correremos con ganas, evitando su pasto y bienvenida. Como electrones libres, nada material nos hará retroceder, ni las compuertas de agua que hunden a nuestro viejo barco en el cementerio de la historia, ni las mansas sirenas que nos ofrecen un merecido retiro desde el fondo. Sacaremos la cabeza debajo del mar. Gritaremos con fuerza. Salvajemente gritaremos. Gritaremos hasta reventar los oídos del verdugo. Hasta el final de nuestras fuerzas nos portaremos mal. {V}

pajarillos fuera de las jaulas

HAY UN CÉLEBRE libro de Ludu U Hla, una de las principales figuras literarias de la Birmania moderna, acerca de la angustiosa situación que viven los jóvenes prisioneros. El título del libro significa literalmente “Pajarillos dentro de las jaulas”.

Durante los últimos años muchos jóvenes han sido encarcelados en Birmania por tomar parte en el movimiento democrático. Pero no voy a escribir hoy sobre ellos, sino sobre los otros jóvenes, sobre los que se quedan fuera cuando uno de sus padres, o en algunos casos los dos, acaba en prisión por defender sus ideas políticas.

Durante los años que permanecí bajo arresto domiciliario, mi familia vivía en una sociedad libre y yo tenía la seguridad de que estaban económicamente bien y a salvo de cualquier tipo de persecución. La inmensa mayoría de mis colegas que estaban en prisión no sentían, en cambio, el alivio de esa certeza. Sabían muy bien que sus familias vivían una situación delicada en extremo, bajo el constante peligro de los interrogatorios, los registros domiciliarios, el acoso general y el requisamiento de sus medios de subsistencia. La situación era aún más difícil para los prisioneros con hijos pequeños.

{ V/24 }

a
u
n
g
a
n
s
a
n
i
k
y
i
s
u
u

En Birmania, las personas acusadas de poner en peligro la seguridad del Estado pueden ser arrestadas según el artículo de una ley que permite tener detenida a una persona durante un período máximo de tres años. Y los prisioneros que aún no han sido juzgados no pueden ser visitados por sus familiares.

Numerosos presos políticos, encarcelados por tomar parte en el movimiento democrático, estuvieron más de dos años esperando ser juzgados. Durante ese tiempo no pudieron ver a sus familias. Sólo después de ser juzgados y sentenciados se les permitió recibir visitas: una cada quince días, de apenas quince minutos de duración.

Dos años es mucho tiempo en la vida de un niño. Suficiente para que un bebé olvide a un padre que ha desaparecido de su vista. Suficiente para que un niño o una niña se conviertan en adolescentes. Suficiente para que un jovencuelo desatendido devenga un ser humano problemático.

Quince minutos cada quince días no es tiempo suficiente para invertir los efectos que causa en un hijo la repentina ausencia de una de las dos personas a las que normalmente acudiría en busca de protección y consejo. Ni tampoco para llenar el hueco que deja una larga separación.

Sé de un prisionero político que no pudo reconocer en el adolescente que fue a verle en su primera visita familiar, tras llevar más de dos años detenido, al hijo que había dejado fuera. Una situación que, por desgracia, yo conocía bien. El día que volví a ver a mi hijo más pequeño, después de una separación de dos años y siete meses, su cara redonda de poco menos de doce años se había transformado en la de un adolescente a la última moda. Si me lo hubiera topado en la calle no lo habría reconocido, aun siendo mi hijo.

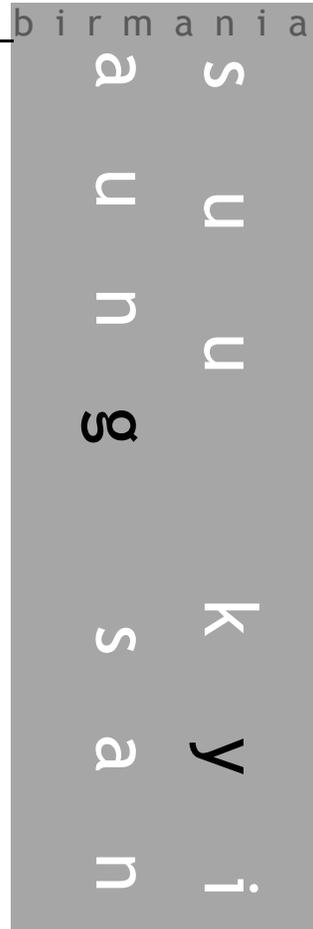
Los prisioneros políticos tienen que hablar con sus familias a través de una doble barrera de acero enrejado y púas de alambre que impide el contacto físico. Los hijos de un prisionero político suelen hacer pequeños agujeros en ellas y meter los dedos como pueden para tocar a sus padres. Cuando los agujeros son ya visiblemente anchos, las autoridades penitenciarias los arreglan con delgadas láminas de hojalata. Pero los niños intentan una y otra vez abrirse camino hasta sus padres. Y no creo que esa sea la clase de actividad más conveniente para un niño.

Yo no era la única mujer política detenida en Birmania: ha habido y sigue habiendo un gran número de mujeres encarceladas por sus ideas políticas. Algunas de ellas tenían hijos pequeños que, de la mañana, pasaban al cuidado exclusivo de unos hombres terriblemente preocupados por sus esposas, y nada acostumbrados a llevar una casa.

La mayoría de los niños, salvo aquellos que eran demasiado pequeños para comprender lo que estaba pasando, sufrieron diversos grados de angustia.

Algunos menores que iban a colegios de élite notaron que sus compañeros de clase los evitaban, y que incluso sus profesores los trataban con cierta reserva: no estaba bien demostrar simpatía por el vástago de un prisionero político, sobre todo (por ser más chocante) cuando la detenida era su madre.

Otros nunca fueron llevados de visita a una prisión, creyendo que la experiencia podría causarles algún trauma, así que durante muchos años no tuvieron ningún contacto con sus madres. Otros, que necesitaban estar seguros de que sus madres aún vivían, sí iban, pero el hecho de verlas pálidas y tristes, tan extrañas con ese uniforme blanco, les perturbaba profundamente.



Pero la cosa no acaba ahí. Cuando sus progenitores son liberados, los hijos siguen siendo presa de una corrosiva angustia, pues temen que puedan volver a llevárselos y ponerlos fuera de su alcance tras esas horribles barreras de ladrillo y acero. Ellos ya saben cómo se siente un pajarillo revoloteando en vano fuera de las jaulas que les separan de sus padres. Y saben que no habrá seguridad para sus familias en tanto la libertad de expresión y la libertad política no estén garantizadas por las leyes de su país. {V}

el el
s a s a
c o c o
d e d e
l o l o
s i n i n
c o c o
n f n f
o r o r
m e m e
s s

UNA IMAGEN endulzada muestra a Cuba como un país donde triunfó la justicia social a pesar de tener como enemigo al imperialismo norteamericano. Durante más de medio siglo, se ha alimentado el espejismo de un pueblo unido en torno a un ideal, trabajando denodadamente por alcanzar la utopía bajo la sabia dirección de sus líderes. La propaganda política y la turística, distorsionadoras de nuestra realidad, han echado a correr la voz de que quienes se oponen a la causa revolucionaria son mercenarios sin ideología al servicio de amos extranjeros.

Cabe preguntarse cómo ocurrió el proceso que llevó a millones de seres en este planeta a creer que la unanimidad se había instalado —de manera natural y voluntaria— en una Isla de ciento once mil kilómetros cuadrados. Qué les hizo creerse el cuento de una nación ideológicamente monocromática y de un Partido que representaba y era apoyado por cada uno de sus pobladores.

En el año 1959, cuando triunfó la insurrección contra el dictador Fulgencio Batista, los barbudos llegados al poder lanzaron a sus enemigos a un saco con el rótulo “esbirros y torturadores de la tiranía”.

A lo largo de la década del sesenta y como consecuencia de las leyes revolucionarias que terminaron por confiscar todas las propiedades productivas y lucrativas, aquel reservorio inicial tuvo que ensancharse y le añadieron las etiquetas “los terratenientes y explotadores de los humildes”, “los que pretenden regresar al bochornoso pasado capitalista” y otras de igual corte clasista.

Al llegar los años ochenta cayeron en el depósito de los contrarios al sistema también “los que no están dispuestos a sacrificarse por el futuro luminoso” y “la escoria”, ese hallazgo lingüístico que pretendía definir a un subproducto del crisol donde se forjaba no solo la sociedad socialista sino también el hombre nuevo, que tendría el deber de construirla y algún día el placer de disfrutarla.

y o a n i e l s á n c h e s z
 y o a n i e l s á n c h e s z
 y o a n i e l s á n c h e s z
 y o a n i e l s á n c h e s z
 y e l s a c o d e l o s á n c o n f o r m e s z
 y e l s a c o d e l o s á n c o n f o r m e s z
 y e l s a c o d e l o s á n c o n f o r m e s z
 y e l s a c o d e l o s á n c o n f o r m e s z
 y e l s a c o d e l o s á n c o n f o r m e s z

Los rotuladores de la opinión no hacen ninguna diferencia entre quienes se opusieron a las promesas iniciales de transformación social y los creyentes que terminaron frustrados ante su incumplimiento. Porque toda promesa tiene un plazo, sobre todo si es política y cuando caducan las prórrogas proclamadas en los discursos, se agota la paciencia y aparecen posiciones difíciles de etiquetar por esos eternos clasificadores de ciudadanos. De manera que desde hace varias décadas han aparecido en Cuba quienes sostienen que las cosas debieron hacerse de otra forma, los que llegaron a la conclusión de que toda una nación fue arrastrada a la realización de una misión imposible, un gran número que quisiera introducir algunas reformas e incluso los que pretenden cambiarlo todo.

Pero ahí está el saco con su insaciable boca abierta y la misma mano arrojando a su interior a todo el que se atreva a enfrentarse a la única posible “verdad” monopolizada por el poder. No importa si es socialdemócrata o liberal, demócrata cristiano o ecologista, o simplemente un inconforme independiente; si no está de acuerdo con los dictados del único partido permitido —el comunista—, es tomado como un opositor, un mercenario, un vendepatria, en fin, se le clasifica como un agente a sueldo del imperialismo.

Obstinadamente muchos siguen mirando la estampita edulcorada que muestra un proceso social justiciero y tratan de justificar la intolerancia que lo acompaña a partir de sus logros —ya bastante deteriorados— en la salud y la educación. Son quienes no pueden entender que los modelos usados para perfilar el retrato triunfalista del sistema cubano, se tornan muy diferentes cuando se bajan del pedestal donde posan. Paciente hospitalario y alumno de una escuela no son sinónimos de ciudadanos de una república. Cuando un hombre o una mujer de carne y hueso —con aspiraciones personales y sueños propios— se encuentra fuera de “la zona de beneficios de la revolución”, descubre que no tiene un espacio privado donde fundar una familia, ni un salario correspondiente con su trabajo, ni un proyecto de prosperidad lícito y decente. Cuando además reflexiona sobre los caminos que tiene a su alcance para modificar *su situación*, encuentra que solo le queda emigrar o delinquir. Si llega a meditar en como modificar *la situación* del país, descubrirá lleno de pánico el amenazante dedo acusador de un Estado omnipotente, el insulto descalificador, la intolerancia revolucionaria que no admite ni críticas ni propuestas. Se dará cuenta entonces que ha ido a parar al saco de los disidentes, donde por el momento sólo le aguarda la estigmatización, el exilio o la cárcel. {V}

~~t e r e s a d o v a l p a g e e r e~~
~~s a d o v a l p a g e t e r e a d~~
v a p a g e d o v a l
a g t e r e s a d o v a l p a g e T
E R E S A d o v a l p a g e t e r e s
D O V A L P A G E t e r e s a o v
a l p a g e t e s a d o v l p a
g e t e r e s a o v a l p g e t e
e s a d o v a l p a g e t e r e s
d v a l p a g e t e r e s a d o v a
p a g e t e r e s a d o v a l p a g
e t e r e s a d o v a l p a g e t e
e s a t e r e s a d
o v a l p a g e t e r e s a d o v a l
p a g e t e r e s a d o v a l p a g e

POSESAS^{en} La Habana

(f r a g m e n t o)

PUEDO entrar, profesor, y me tiemblan las piernas al abrir despacito la puerta de su oficina. Ahí está él y se me ponen frías las manos, que ya me empiezan a sudar. En el umbral me inmovilizo, detallándolo. Es alto y carmelita, con los hombros cuadrados. Un Apolo mulato vestido de mezclilla azul.

Él me observa también, pero no creo que me encuentre parecido con Venus, ni siquiera con una de las musas. Debo tener la cara roja y siento que me falta la respiración. Y Apolo que sonrío claro que sí, Elsa, adelante. Pasa y cierra.

Paso, cierro y choco con los ojos eléctricos de un Ché Guevara que me observa con mala cara. Desvió la vista del póster y le miro el bigote al profesor. Recortado y espeso, se le derrama por las comisuras de los labios. Si le pudiera dar un beso ahí mismo, demorado y con lengua.

Tiene razón mi socia Yarlene, se le nota un poquito el tic nervioso. Un poquito no, se le nota bastante. Al verlo ahora, de cerca, me doy cuenta de que el párpado izquierdo le brinca igual que el péndulo de un reloj de pared. A lo mejor está también nervioso. Bueno, y qué.

Y qué querías tú, Elsa, pregunta el profesor. Le suelto mi mentira temblando como papel de China en el balcón. Es que no entendí bien lo de la plusvalía que usted explicaba esta tarde, si me lo puede aclarar otra vez, por favor, le digo limpiándome con disimulo las manos encharcadas. Me acerco a su buró. Y de pronto me atrevo. Le enseño la lengüita como aprendí de Yarlene, me la paso por los labios, a lo putesco. Imagino que le estoy dando un beso en el bigote o comiéndome un helado de chocolate en la barra del Coppelia.

Está bien, me contesta, siéntate aquí conmigo. Por la calle pasa un coche con el radio puesto a todo volumen y la música se me mete por los oídos y me envuelve como la mirada caramelo quemado del profesor. Unos que nacen, otros morirán. Me gusta Julio Iglesias, aunque no tanto como este Apolo de color café. Y le sonrío con unos que ríen, otros llorarán, y me siento a su lado en una silla que cojea. En la oficina huele a papel viejo y a cigarro acabado de encender.

Tranquila, mami, cómo te vas a ir ahora y a dejarme así, qué te has pensado. Anda, separa las piernitas, si esto es riquísimo, tú vas a ver.

Me está bajando el calzón. Ay, Dios. Le doy una bofetada, por mi madre que se la doy. Si me toca de nuevo, le parto la cara. Yo sólo vine a hablar con él, a mirarlo de cerca, cuando más a darle un beso pero no a.

A meter el rabo y a divertirse, a eso es lo único que aspiran los machos cuando se acercan a cualquier mujer. Lo único. Y después que te les abres de patas, si te he visto no me acuerdo. Elsa, ten cuidado, que eres una tontaja y cualquiera te hace un cuento de camino, gruñe Abuelonga allá en la casa, acariciándose una cicatriz pálida que atraviesa la redecilla de arrugas de su cara. No te regales, eh.

Su doctrina de prevención me escoltó como chaperona victoriana la primera vez que salí con un muchacho. Con un compañero del preuniversitario que me dejó igual que a Penélope. No la de Ulises sino la de Serrat. Sentada en la estación. Tampoco la de trenes, sino de ómnibus de La Habana, cuando le dije que besitos sí, pero que a Las Casitas de Ayestarán, aquel albergue de mala muerte, no iba con él, qué va. Pues ahí te quedas, Santa Elsa. Y me volvió la espalda y ya no lo vi más.

Los hombres son malísimos y se aprovechan de las bobonas como tú. Aprende a no dejarte toquetear. Que no te cojan para sus indecias. Abre bien los ojos y cierra bien las piernas, me grita mi madre desde el rincón del parque donde me sorprendió jugando con un vecinito a los seis años. Ciérralas bien. Los hombres. Pero el profesor quiere que se las abra y me vuelvo a separar de él. Son malísimos. Que vaya a manosear a la madre que lo parió. Que no te cojan para. Me acerco a la puerta y choco de nuevo con los ojos eléctricos del afiche del Ché. Sus indecias.

Que te quedas quieta, mamita, me agarra por un brazo Marcel, si no vamos a hacer nada malo. Y me muerde una oreja, despacito. Así.

Así fue que hicimos a mi hija Beiya. A lo mejor no aquella tarde, sino otra. Otra de las tantas veces que tampoco usamos condones ni cremas ni nada. Entonces yo era muy joven, muy confiada y muy tonta.

Ahora ya no soy joven, el mes pasado entré en los treinta y tres. La confianza y la tontería se me han caído con el paso de los años, igual que los senos y las ilusiones. Y a pesar de eso la vida sigue igual, como cantaba Julio Iglesias hace quizás un siglo.

La vida sigue igual, sólo que ya no estoy en la oficina de Marcel. Estoy en la sala del apartamento que comparto (¡qué remedio!) con mi madre, mi hermano, mi abuela y el fruto ya crecido de una clase informal de economía política. Sentada en un sillón desvencijado que cruje cada vez que intento mecarme, con un gemido que tiene cincuenta años de angustia.

Desde el balcón me llega una brisa de buen humor y desde la cocina, el humo de los cigarros Populares que Abuelonga fuma en cadena. La bombilla del techo, más expuesta que la maja desnuda -la pantalla se le desprendió hace seis meses y no hay dónde ni con qué comprar otra- difumina mi sombra en la pared descascarada que enmarca las pasadas glorias del sofá.

—Mami, voy a bajar a jugar con Lazarito y Yamilé —Beiya se para delante de mí con las manos en la cintura como si ella fuera la madre, la fuerte, la mandona, y yo la niña de once años.

—Olvídate de bajar a jugar que ya está oscureciendo —me apresuro a cambiar los papeles. No puedo dejar que se me olvide: aquí la madre soy yo—. Y menos a juntarte con ese par de crápulas. ¿Por qué no te buscas otros amigos?

Lazarito no es precisamente crápula; a fin de cuentas no ha cumplido los doce todavía. Quizá más adelante cumpla los requisitos para serlo, pero por el momento es un mocoso malcriado y hocicón. En su casa destartalada viven más de quince personas. Les dicen los Muchos porque forman una manada de orientales, adoradores de Baco y fámulos de Hermes.

Uno de ellos, Pancho Pereira, trabaja de custodio en la plaza Carlos Tercero y a cada rato vende bombones y latas de refrescos que roba de las tiendas. Bueno, yo no lo critico. Al fin es que hay que defenderse. Ojalá tuviera dinero para comprarle siquiera una barra de chocolate.

A quien no soporto es a Yamilé, otra chiquilla malcriada que es una avispa en miniatura, una culebra impúber con boca de inodoro tupido. Y a su madre no la puedo ver ni en pintura. La tipa es una jinetera mala que llegó con un hermano del campo hace tres años. Venían con una mano adelante y otra atrás. Y con tal de quedarse en La Habana, ella se quitó la mano de adelante y el hermano la de atrás y de eso sobreviven. Nada, que estamos en un vecindario selecto. Sí, señor.

—No me da la gana de buscarme otros amigos —me contesta Beiya, todavía en su postura combativa—. Y me sale de los ovarios a jugar, vaya.

Qué entenderá ella de ovarios. A saber dónde oyó semejante expresión. Procuero ignorarla y me encojo de hombros. Estoy demasiado cansada para discutir con la chiquilla. Si sigue insistiendo, terminaré por dejarla que haga lo que le parezca. Total, a mí qué más me da.

—Mañana —le contesto al fin, por decir algo.

—¿Qué mañana ni qué cohete? —se separa las manos de la cintura y me las agita delante de la cara—. Me voy ahora. Si te gusta bien y, si no, échale azúcar. ¿Tú no ves que yo soy ya una mujer para que me estés mangoneando?

Esta hija flaca de mis pecados capitales ha salido mal hablada y responzona como ella sola. No se parece en nada a mí cuando tenía su edad. Yo sí que siempre fui muy respetuosa porque (o a pesar de que) mima era un sargento con nosotros y no nos dejaba ni respirar. Pero Beiya parece que se hubiera criado en la peor cuartería de la Habana Vieja. Hay días que no la aguanto, que daría cualquier cosa porque se desapareciera de mi vida.

Tal vez no es culpa suya. Porque lo cierto es que yo la vomité, no la parí como las demás mujeres paren a sus hijos. A lo mejor por eso salió tan descarrilada, o por los malos genes del padre. Sabe Dios.

No sé si otras madres se acordarán del momento en que hicieron a sus hijos. Yo sí.

Y no es un recuerdo agradable, si lo vamos a ver. Aquella noche, la primera vez que me acosté con Marcel —la primera vez que me acosté con un hombre, vamos al caso— salí de su oficina con un ardor entre las piernas que veía colorado. Me iba chorreando como si tuviera la regla. Oh, la sangre del sacrificio, las gotas rojas consumiéndose en las llamas. El dolor del dardo quizás envenenado. Pero por dentro me estaba derritiendo de gusto. Y no porque hubiera sentido gran cosa, que lo único que sentí fue un dolor de espanto y más vergüenza que placer, sino porque me había liado con Marcel el de marxismo, el profesor más sexy de toda la universidad.

Nada, que una se atraca de basura cuando está jovencita. Se atraca a paletadas. Ni esa vez ni las que vinieron después me pasó por la mente tomar pastillas, ponerme una T o pedirle a Marcel que usara condón. Todavía no sé si lo mío era ingenuidad, inocencia, o pura estupidez de niña bitonga. Todavía no lo sé.

Me encontré en el portal de la facultad, bajo el sol de septiembre, con la piel erizada y el bajo vientre en llamas. Y en lugar de venir rápido a lavarme, como hubiera hecho una persona normal, corrí a meterme en el apartamento de Yarlene. Mi amiga, le solté orgullosísima, no te imaginas lo que me ha pasado. Algo tremendo. Adivínalo. Y ella suéltalo y deja las adivinanzas, que no estamos en Delfos. Y yo que lo hice por primera vez. No bromees, Elsa. No bromeo, que es en serio. Con quién. Pues con el profesor de marxismo. Tú estás loca. Loca pero Marcel me la toca, jajajá.

Me eché a reír y de repente, en medio de la risa, cambié de humor y me dio por llorar a mares. Por moquear con unos jipíos de recién nacida que hasta pena me da acordarme de eso. Y los ojos de Yarlene, duros y grises como la pizarra del aula, se clavaron en mí asombrados. Contentos, pensé entonces. Porque Yarlene y yo, por más de quince años, las mejores amigas. Desde la escuela primaria, siempre juntas. Pitias y Damón en femenino. Las sociales del alma, las cuatitas. Cómo no se iba a alegrar con mi alegría, verdad. Guanaja y crédula que siempre he sido yo. Se me acercó ella ay Elsa, dame un abrazo, felicidades. Ahora ya eres una mujer. {V}

retrato expresionista de una isla

Una isla: una mascota, un esperpento,
un traidor, un sociópata, un amigo,
una esquina, una lápida, un testigo,
un crimen, un recuerdo, un monumento,

un rencor, unos miedos, una playa,
una brisa, un dolor, un libro abierto,
una sombra, unos gritos, algún puerto,
una madre, una balsa, una batalla,

unas tardes acaso irrepetibles,
un olvido, una fuga, una silueta,
un pariente, unos golpes, una infancia,

una culpa, un perdón ineludibles,
un desmayo, una celda, una glorieta,
un adiós y por siempre una distancia.

exilio

Esa rara canción desconocida
que hoy cantamos tan libres, tan dispersos
—dispersos por el mundo, por los versos—
como si en el cantar fuera la vida,

esa rara canción de despedida
que entonamos herejes y conversos
fugados ya de todo, pero inmersos
en un himno de adiós y bienvenida

es la banda sonora que ha acechado
mis días y sus noches y este día:
un acorde bemol y un sostenido

esa rara balanza han nivelado.
Soy parte de una rara melodía
que suena en las entrañas del olvido.

retrato hiperrealista de una isla

La sangre decorando las murallas,
la sangre decorando las vidrieras,
la sangre decorando las pantallas,
la sangre decorando las aceras,

la sangre decorando las funciones,
la sangre decorando los festejos,
la sangre decorando las traiciones,
la sangre decorando los cortejos,

la sangre decorando las camisas,
la sangre decorando los museos,
la sangre decorando los portales,

la sangre decorando las cornisas,
la sangre decorando los trofeos,
la sangre decorando los murales.

retrato (in)oportuno de una isla

La necesidad delira en la ventana.
La libertad padece de indolencia.
Una chiquilla alquila su inocencia.
Se suicida el cantante de *Nirvana*.

Alguien consigue denigrar su credo.
El sol castiga a muchos y a ninguno.
El odio, tan puntual, tan oportuno.
Los pájaros emigran de su miedo.

Los ríos dan al mar, como los hombres.
Las olas se los llevan al futuro.
Hay quien no contará la travesía.

Un poeta es forzado a citar nombres.
Un niño en una balsa huye del muro.
Cuba, novia de todos, novia mía.

guía introductoria a la habana underguater

erick j. mota

DE TODOS los mundos alternativos posibles son las ciudades las que poseen mayor multiplicidad. Así, existen varias New Yorks, unas bajo ataque alienígena, otras con un post-apocalipsis nuclear y anárquico, algunas congeladas en hielo glacial y con las Torres Gemelas intactas. También hay varios L.A., unos más oscuros que otros, con mayor o menor neón. Existe multiplicidad de Tokios, la mayoría preferidos por lagartos gigantes como Gotzila, los robots gigantes enemigos de la humanidad y los poderes mentales descontrolados de un niño de nombre Akira.

Aún en esa pléyade de posibilidades que traen las ciudades alternativas, eternas rivales de las ciudades imposibles (como Metrópolis, New Port City, o Gotham), La Habana muestra uno de los mayores potenciales.

Si bien los alienígenas prefieren destruir New York (últimamente han incurrido en Johannesburgo), y los espacios oscuros de la dictadura corporativa se sienten atraídos por Los Ángeles, y todos los monstruos del mundo prefieren Tokio, es La Habana la que presenta mayor gama de posibilidades inexploradas. Si queda alguna duda, baste con imaginar la Ciudad de la Habana sin la Revolución de 1959, con todo un complejo de rascacielos, hoteles y casinos en el malecón habanero: lugar donde estaba planificado el complejo hotelero que hubo de construirse en el desierto de Nevada, a raíz del triunfo de la Revolución, y que hoy se conoce como Las Vegas.

Existe también la más recurrente de las utopías habaneras: sería el resultado de la negativa británica de devolver la ciudad en el Tratado de París, en 1762, luego de la famosa Toma de la Habana por los ingleses. Una Havannah City que pertenecería aún al Reino Unido o que habría alcanzado ya su independencia. Una Havannah que se hubiera sumado a las Trece Colonias contra el imperialismo inglés o que hubiera apoyado al Sur esclavista en la Guerra de Secesión.

Podemos hablar de montones de Habanas. Unas provocadas por la ocupación japonesa tras la derrota de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial (una Habana de katanas y geishas). Otras destruidas por el fuego nuclear luego de que la Crisis de los Misiles en 1962 desencadenara una verdadera guerra atómica (una Habana de hacha de piedra y viejos milicianos mutantes).

Una Habana ocupada por los esclavos, luego de una exitosa rebelión de Aponte contra el gobierno español (una Habana hermana de la Revolución Haitiana y que posiblemente hablara en yoruba o lengua efik, en lugar de español). Una Habana capital de una república autónoma española o independiente, sin intervención norteamericana. Una Habana que se “desmerenga” junto a toda la Europa del Este tras la caída del Muro de Berlín. Una Habana futura ocupada militarmente por los chinos, o con armas nucleares amenazando a la Flota norteamericana en el Caribe. Otra Habana anexada por una Venezuela socialista. Montones de Habanas inglesas, francesas, japonesas o chinas. Habanas futuras o pasadas. Todas ellas posibles o probables.



De toda esa amalgama de posibles ciudades, escojo como favorita a esta *Habana Underguater*. Donde se hacen realidad algunas pesadillas recurrentes de los habaneros: un día llegó un ciclón y la Habana se inundó... y el agua no se fue. Esa es la *Habana Underguater* de la que hablaré. Un lugar donde vive gente como nosotros, incluso, es muy posible, que hasta nosotros vivamos allí.

Todo empezó por culpa de que los rusos, suelen decir en la *Habana Underguater*, habían decidido crear un megamalecón de cinco metros de alto para evitar las penetraciones del mar. Una estructura de acero y concreto que solo a ellos se les podía ocurrir. Y llegó el ciclón Florinda. Y pasó por La Habana. Y las olas pasaron el muro ruso, y se inundó todo, y los desagües colapsaron. Ocurrió una reacción química entre el material de las tuberías y el agua salada. Así que el agua nunca se fue. Se creó un lago interior que ocupa la antigua Habana Vieja, parte de Centro Habana y parte del Vedado. A este lago intramalecón y sus pueblos hundidos se les llamó (en el mal español de mexifornia que hablan los inmigrantes de Miami): *Underguater*.

Solo hay dos formas de llegar a la *Habana Underguater*, o Habana Autónoma, como le dicen oficialmente. Por la órbita o en balsa. Desde la órbita hay que vivir con los rusos en el espacio, o tal vez deba decir, cosmos. Y esto es un acápite aparte. Los soviéticos no solo ganaron la Guerra Fría y consiguieron que Estados Unidos se disolviera y cayera en la miseria.

Además de eso, los rusos se fueron todos a vivir en estaciones espaciales permanentes. Y crearon el llamado *Soviet way of live* o *ruski obras shizni*. Así las cosas, todos quieren subir a la órbita y ser como ellos. Ah, y un último detalle. Todas las armas nucleares están montadas en los satélites rusos geostacionarios. Sí, no se equivocan. Lo controlan todo. Y les gusta hacerlo.

En los restos inundados de La Habana Vieja, justo sobre lo que fue la Catedral y el Seminario de San Carlos, está el cosmódromo. Una estructura de acero que soporta el lanzamiento de 10 cohetes portadores *Protón III* llenos de inmigrantes. A veces entran cápsulas con personas que hacen el viaje en sentido contrario.

Pero la forma más popular de llegar a la ciudad es en balsa desde Miami. Desde esa ciudad 90 millas al norte, ahora controlada por Méxicocalifornia, llega casi un millón de personas al año. Lo primero que encuentran antes de tocar tierra son las lanchas de la FMC (Fuerza Marítima Costera) que harán todo lo posible por hundirlos, matarlos o repatriarlos. Luego en la ciudad deberán eludir los controles de la FULHA (Fuerza Unida de La Habana Autónoma) y al resto de las mafias que controlan las regiones autónomas.

Son cuatro en total: Alamar, Centro Habana, El Vedado y Miramar. El resto lo controla el Gobierno Autónomo y la FULHA. Alamar es controlado por la Fundación Abakuá. Miramar es zona de las corporaciones religiosas CUC (Corporación Unión Católica), CUP (Corporación Unión Protestante), y Testigos de Jehová.

erick j mota

la habana underguater:
una guía introductoria

A Centro Habana la controlan los Santeros y al Vedado los babalawos. Estas dos facciones, antes unidas, colindan en la zona del lago intramalecón conocido como Underguater. Existe un conflicto histórico entre la Regla de Ocha (los santeros) y la regla de Ifá (babalawos), a causa del pueblo hundido de Cayo Hueso. Conflicto que ha devenido en una guerra intermitente entre los Paramilitares santeros y la Armada de Ifá.

Al sur hay menos violencia. Pasando la zona donde opera la guerrilla del Fanguito, están los barrios bajo el dominio FULHA: las zonas superpobladas de Santos Suárez y Lawton, los barrios residenciales de Marianao, los condominios de Palocagao y Pogolotti, los rascacielos de la Lisa y Balcón de Arimao.

La Habana Autónoma se extiende, por el sur, hasta donde se alzan las ruinas de Bauta y Caimito: pueblos fantasmas desolados por los infantes de marina rusos cuando la guerra de los quince días.

Fuera de La Habana Autónoma no hay muchos lugares donde escoger. Salvo, quizás, la Sacra Sepultura del Santo Guerrillero, el segundo sitio sagrado más visitado por los fieles de la guerrilla después de la Ermita del Fusilamiento en La Higuera.

Los devotos llegan de todas partes del continente hasta Santiago Autónomo. Desde allí comienzan su peregrinación siguiendo el Santo Camino de la Invasión tomado por el Santo Barón de la Guerrilla hasta Santa Clara Autónoma. Allí, custodiada por las fuerzas especiales de la PESCA (Policía Especializada de Santa Clara Autónoma), se encuentra el Santo Sepulcro al que los creyentes llegan caminando de rodillas, arrastrando pesadas piedras y vestidos con humildes uniformes verde olivo.

Esta es La Habana Autónoma, Underguater y sus inmediaciones. Un universo futuro a partir de un pasado alternativo. Una Habana de pesadilla bajo el estigma nuclear y hegemónico de la Hoz y el Martillo. Solo una de las miles de Habanas posibles en la telaraña del espacio-tiempo.

Es la Habana de mis pesadillas, pesadillas compartidas por muchos. Pesadillas que no quiero que se hagan realidad en La Habana que vi al nacer.

Cada uno de nosotros tiene su Habana particular. Su Habana de pesadilla. Unos escriben sobre ella mientras otros la ilustran. Tú también puedes tener tu Habana particular. Tuya es también la responsabilidad de que no se vuelva real. {V}

un
d

erg
u

ate
r

presentación de un libro
no
publicado
en

c u b a
c c c c c
c c c c c
c c c c c
c c c c c

/ ernesto / hernández / busto /
/ hernández / busto / ernesto /
/ busto / ernesto / hernández /
/ ernesto / hernández / busto /



Collage: Edmundo Desnoes

LAS RAZONES por las que no se escribe un libro son demasiadas veces el motivo de otro. Así que lo mejor será abreviar el trámite: hace ocho años una pequeña editorial publicó en México, donde yo vivía por entonces, lo que podría llamarse el embrión de un libro. Algunos críticos escogieron enseguida el camino más fácil: era lógico (aunque tal lógica quedara reducida a reflejo especular) que un joven intelectual cubano formado en la Revolución adjuntara a su desencanto de exiliado el interés por ciertos autores llamados “de derechas”, las pruebas de su curiosidad por la herencia de escritores “malditos”.

Después que el embrión tomó la forma de un libro de ensayos —forma que suscita, ante todo, la cuestión de la uniformidad—, sentí la necesidad de explicar, y de paso explicarme, de dónde sale esa preocupación por la relectura de autores reaccionarios, en el sentido más amplio de la palabra. Aprovecho ahora para completar la paradoja: explicar a lectores cubanos un libro que no ha sido —y previsiblemente no será— publicado en la Isla.

Lo primero sería confesar que *Perfiles derechos* no es el libro que yo quería escribir. Siempre he envidiado el género “ensayo filosófico” y durante mucho tiempo creí que la filosofía era el nicho ideal de mis preocupaciones intelectuales. Lo que acabó editando *Península* en el 2004 es un poco la historia de ese fracaso, el aborto del hipotético tratado que, además de rastrear los orígenes de la vocación antidemocrática de un puñado de escritores, explicara sus “efectos literarios”.

Asumo, sin embargo, que al final acabé por ceder ante un placer más fuerte. Si sacrifiqué aquella antigua confianza en las ideas generales fue, entre otras cosas, porque durante estos años mis preocupaciones filosóficas han sido sustituidas por inquietudes más propias de un lector que de un escritor. En ese ambiguo territorio del ensayo hoy creo estar más cerca del escoliasta que del filósofo.

También supongo, ya es hora de decirlo, que los hipotéticos lectores de esas páginas han salido ganando con el cambio. Porque entre los consejos que todo ensayista debe tener presente, el primero es evitar lo que Nabokov llamaba “las lunáticas sandeces de la generalización”: huir de esos moldes de ideas prefabricadas que obligan a los lectores a empezar desde el otro extremo, a alejarse de un libro antes de haber empezado a comprenderlo.

Perfiles derechos debe más al azar de lecturas nómadas que a la biografía ideológica de un exiliado anticastrista. No pretendo soslayar los hechos: nací en La Habana en 1968, y formé parte de una generación entrenada para convertirse en “hombres nuevos”, y que hoy reclama aquel rótulo de Adorno: el exilio como “vida dañada”. Aún así, me resisto a que por culpa de este libro se me etiquete, sin más, como alguien “de derechas”. Sería reducirlo todo a ese cómodo ejercicio de filisteísmo que hace de nuestras peripecias biográficas la clave de lo literario. Creo que hoy la oposición entre “derecha” e “izquierda” se ha desdibujado, y lo que resta de ella forma parte de un dominio simbólico, es decir, concierne más a la cultura que a la política.

Notarán ustedes que varios protagonistas de mis ensayos aparecen ocasionalmente en otros: Jünger leyó a Rózanov, por ejemplo, y dejó un emotivo apunte de esa lectura en sus oceánicos diarios; Pound manifestó en una de sus emisiones radiales su interés por Céline; Morand y Montherlant coincidieron en no pocas recepciones y párrafos; Vasconcelos publicó en *La Gaceta Literaria* de Giménez Caballero...

Tales relaciones no prueban, sin embargo, la existencia de una “derecha literaria”, entidad difusa y problemática que reclamaría muchas más páginas de las que he dedicado al asunto. ¿Qué tienen en común el furibundo Pound y el dandismo aristocrático de Montherlant? ¿O las ideas de Vasconcelos con las de Jünger? ¿O las lecturas bíblicas de Céline y Rózanov? Más que una serie de rasgos intercambiables que definirían un modelo de intelectual, los escritores que decidí abordar en mi primer libro ejemplifican cierto talante: una comunidad de deseos, gustos, voluntades; un modo o manera de hacer, una disposición. Muchos de ellos muestran, además, un curioso semblante estoico que no pasa desapercibido a una mirada de conjunto: estoicismo que se desdobra en identidades múltiples, desde el mito de Epimeteo y su funesto descubrimiento de que la caja de Pandora contiene demasiados males para la humanidad, hasta el Benito Cereno de Melville, cuya nave secuestrada representa, según algunos, la Europa desorientada, que se abandona a las fuerzas de la disolución.

Al menos durante el periodo conocido como “de entreguerras”, la hipótesis que alimentó (y aún alimenta) a buena parte de la literatura reaccionaria fue la negación del progreso. No se ignoraba el tiempo, pero se lo consideraba menos importante que la constancia de cosas de muy variado signo, cosas buenas o malas mantenidas en un precario equilibrio, amenazadas por ese fuego purificador que también es un invento estoico: la apokatástasis.

El Gran Reaccionario —escribo en el prólogo— padece siempre el sabor amargo de una derrota que se le figura no exenta de nobleza. Lo

cual nos coloca de antemano frente a una galería de “perdedores” confesos.

Ya no sé si estos “perdedores” merecen aquel estudio exhaustivo que quise escribir alguna vez. A cambio del *dictum* retórico que impondría la forma “tratado”, el modelo “perfiles” me permitió las libertades de otro acercamiento, acotado por la ironía y el escepticismo, que prefiere mostrar la fisonomía de cada autor antes que unirlos en una cadena demostrativa. Un perfil es menos que una biografía, pero más que un boceto. Figura a contraluz, es también lo que resta tras otear el ambiguo territorio entre la persona y el personaje: una imagen interesante.

A propósito de este último término: en la introducción del libro me permito una cita tramposa de Susan Sontag, de su ensayo “*An argument about beauty*”, sobre la cual convendría volver en esta ocasión. La ensayista norteamericana, digo, afirma que una política conducida de acuerdo con los principios liberales carece de drama, del sabor del conflicto irreconciliable, mientras que las políticas fuertes y autocráticas tienen la indudable virtud de resultarnos “interesantes”. Mi trampa se esconde tras el adjetivo “indudable”, y consiste en escamotear al lector la otra parte del ensayo, donde Sontag somete a una severa crítica el uso estético del adjetivo “interesante”.

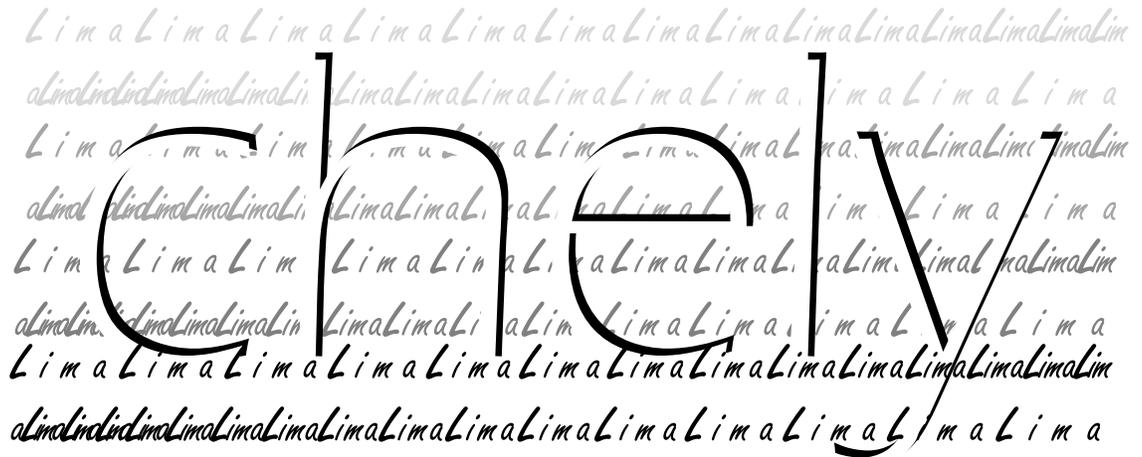
Cuando la gente dice que una determinada obra de arte es interesante, no quiere decir que le guste o que se identifique plenamente con ella, sino más bien que debería gustarle. Lo interesante es algo que antes no habíamos visto como bello (o bueno) y, por lo tanto, implica un tabú. “Los enfermos son interesantes, como nos hace ver Nietzsche. Los perversos también. Lo que se admira a través del despliegue de este término es el ingenio, no la verdad; la tosquedad o insolencia o transgresividad, no el respeto”.

Pasé mucho tiempo dándole vueltas a esa curiosa reflexión; me sentía aludido, puesto que muchas veces he usado el adjetivo “interesante” para referirme a determinadas obras de arte que así me lo parecían, o simplemente para evadir la banalidad de llamarlas bellas. Las reflexiones de este ensayo de Sontag —y de una buena parte de sus últimos ensayos— llegan tras brillantes exploraciones en la historia de la barbarie humana, y acaban por sumar argumentos al ideal platónico que conjunta lo bello y lo bueno. Al mismo tiempo, esta admirable ensayista confiesa una intención moralizadora, que aprecio pero no comparto.

La moralidad que se traduce en sana crítica de las costumbres intelectuales también cae muchas veces en la tentación de reducir el arte y la literatura a un apartado de la crítica del juicio, donde categorías como “lo interesante” están condenadas al oscuro atractivo de la transgresión.

Llegamos entonces al punto donde tienen ustedes a un autor primerizo, decepcionado de una Revolución devenida “revolución conservadora”, y que mientras corrige las galeradas de su primer libro presente que será comparado con aquel oscuro cubano imaginario que aparece en el libro de Roberto Bolaño titulado *La literatura nazi en América Latina*.

Aquel ejercicio propició, por fuerza, curiosas elucubraciones sobre el método de la ficción histórica como una arqueología de nexos profundos entre diversos campos del saber. “No conozco todavía a nadie —decía Spengler con orgullo— que se haya dedicado seriamente a estudiar la afinidad morfológica que conecta interiormente el lenguaje formal de todos los dominios de una civilización... ¿Quién sospecha que entre el cálculo diferencial y el principio dinástico de la época de Luis XIV, entre



1.

- *Esta es mi mano izquierda que rasga la membrana.*
- Afuera están sus esencias retorciéndose en espiral;
- miríadas de oscuras luces que trazan un círculo perfecto
- alrededor de lo que existe sin existir, de todo aquello que no se nombra,
- de lo que se deshace como un trozo de ladrillo viejo
- entre tus dientes, encima de tu lengua, cuando intentas explicarlo:
- los translúcidos cuerpos de los dioses, imbricados en salvajes apareamientos;
- piel de madera de secoya, carne de vidrio, huesos de espuma de mar,
- sangre espesa que gotea entre mis labios.

2.

- Bajar al infierno no es tan sencillo.
- Me arrodillo y quiebro mi yugular, y ellos llegan,
- oscuros, sediciosos como una manada de susurros.
- Ya no existo. Ellos me habitan. Pasan a través de mis ojos
- como relámpagos de hierba, se adueñan de mi hígado y mi lengua.
- No soy un guerrero, no soy un peregrino, no soy alguien que busca,
- porque no existo. No es a mí a quien ves cuando me miras.
- No es a mí a quien quieres escuchar cuando preguntas.
- Hay un retablo de guiñol en mi cabeza:
- Debajo de mis párpados ellos lloran y se abrazan, se besan y fornican,
- inalcanzables, inasibles, todopoderosos.
- Danzan sonriendo. Ruedan por tierra con las ropas en desorden.
- Se palpan los miembros aceitados.
- No existo, pero soy un hombre que se desnuda para cruzar un río.
- No existo, pero soy una mujer que acaba de parir un cordero.

3.

- Al pie de la escala miro desde mis ojos enturbiados por el polvo
- y puedo percibirlos, entidades sin rostro, descollantes en el vacío repleto de criaturas.
- Y los cuatro animales se aprietan contra mí, emparedándome con una acolchada coraza
- de escamas, plumas, piel que huele a almizcle.
- La imagen del mundo se resquebraja emitiendo un silbido arenoso,
- empieza a desmigajarse bajo mis pies.
- El paisaje abierto fosforece en la oscuridad, reflejado en mis retinas.
- Giro, me contraigo, grito preguntando mi nombre,
- y llegan tres de los que me han precedido: santo, santo, santa;
- se encajan como piedras de un muro de contención a mis espaldas.
- Sólo entonces puedo dejar de temblar.

{ V/40 }

s
e
d
i
c
l
a
l
e
l
f
a
f
a
r

PIEDAD PARA ÉL

No dudes, oh Señor, de ese hombre
que hoy, pálido, tembloroso y con ojeras,
se arrodilla ante Tu altar
y echa unas monedas en la alcancía de las velas
y entona los himnos de Tu iglesia
con voz de tenor. Fue en otro tiempo
el escriba, el mercader, el innombrable:
el que censuró (o prohibió) los libros del poeta,
el que escondía los pasaportes
de sus compañeros
o les ponía
un cuño con un NO bien grande,
el que denunció a sus amigos
y aun a su señora madre
le puso micrófonos en la casa
y lectores de labios cuando salía de compras,
porque un domingo en la playa
la oyó suspirar
mientras contemplaba la anciana
el sol hundiéndose en la mar.

De ceño fruncido
y espejuelos de coronel,
fue el misterioso, el insondable,
el que parecía guardar las llaves
de la casita de la verdad,
el que con cara de oficial dándose un tiro para no caer prisionero
se hizo algunas de las autocríticas más brutales
que se han escuchado en un consejo de dirección,
el hombre de la libreta negra,
el que pasaba por los pasillos
con pies de felpa
cazando palabras al parecer tan inocentes
como “seda”, “camelia”, “arcoiris”,
“mariposa”, “crepúsculo” y otras voces
igualmente reprobables
en días viriles.
El que le quitó su puesto en el mundo
a los jóvenes que se adornan con flores
al llegar la luna nueva
(o que a él le pareció que tal vez
se adornaran con flores)
y asedió con almuerzos y perfumes
y amenazas de traslado, y aun
de informes al Partido,
a la mecanógrafa de piernas memorables
que también era militante
pero tenía una hermana en el exilio
con la cual se escribía.

EL PRONUNCIAMIENTO de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), acerca de las medidas dictadas por el Gobierno para desinflar las plantillas laborales y brindarle mayor cobertura al trabajo por cuenta propia, publicadas en el diario del Partido Comunista, el 13 de septiembre de 2010, constituye un buen motivo para debatir acerca de la dependencia del sindicalismo cubano respecto al Estado.

Según algunos párrafos del documento: *La dirección del Gobierno ha venido trabajando en la elaboración de un conjunto de medidas que garantizan e instrumentan los cambios que resulta necesario e impostergable introducir en la economía y la sociedad...; En correspondencia con el proceso de actualización del modelo económico y las proyecciones de la economía para el período 2011-2015, se prevé en los Lineamientos para el año próximo la reducción de más de 500 000 trabajadores en el sector estatal...; Nuestro Estado no puede ni debe continuar manteniendo empresas, entidades productivas, de servicios y presupuestadas con plantillas infladas, y pérdidas que lastran la economía...; Al sindicato le corresponde actuar en su sector con un alto nivel de exigencia y mantener el control sistemático de la marcha de este proceso, desde que se inicie hasta que concluya, adoptar las medidas que correspondan y mantener informados a sus organismos superiores y a la CTC...*

Tanto los párrafos citados, como los del resto del documento, evidencian la ausencia total de independencia de la CTC. En ellos no aparece ninguna mención a los intereses de los trabajadores que supuestamente representa dicha organización, como son la insuficiencia de los salarios respecto al creciente costo de la vida, las violaciones de convenios de la Organización Internacional del Trabajo que han sido ratificados por el gobierno cubano, y el estado de indefensión de los trabajadores ante las disposiciones administrativas, como es precisamente el despido laboral masivo que se está llevando a cabo.

Por el impacto que tendrá la *actualización del modelo* en los trabajadores se impone la necesidad de comprender el proceso mediante el cual el movimiento obrero fue desnaturalizado.

Los sindicatos cubanos dieron las primeras señales de vida durante la sustitución de la mano de obra esclava por el trabajo asalariado. La creación de la *Asociación de Tabaqueros de La Habana*, las primeras huelgas y la fundación de periódicos obreros desde 1865, así lo demuestran. El crecimiento y fortalecimiento de ese movimiento desembocó en la conformación de las grandes centrales obreras del siglo XX, las cuales, apoyadas en las libertades y derechos reconocidos por la Constitución de 1901, lograron considerables beneficios, especialmente en cuanto a aumentos salariales y disminución de la duración de la jornada laboral, a la vez que desempeñaron un significativo papel en importantes hechos políticos como fue el derrocamiento del régimen de Gerardo Machado por la huelga general del 5 de agosto de 1933: un acontecimiento sin precedentes en la historia de Cuba.

d i m a s c a s t e l l a n o s :
s i n d i c a l i s m o i n d e p e n d i e n t e

V E R S U S

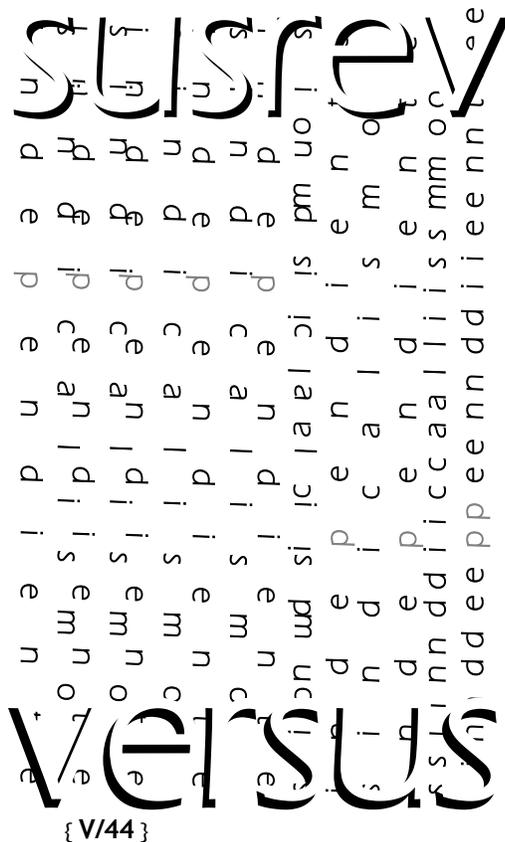
a c t u a l i z a c i ó n d e l m o d e l o

La pujanza alcanzada por el movimiento obrero se reflejó en hechos como los siguientes: la legislación laboral aprobada en ese período comprendía la existencia legal de los sindicatos, el derecho de huelga, la jornada de ocho horas, el salario mínimo para los azucareros, la estabilidad del empleo, las vacaciones y licencias por enfermedad y maternidad retribuidas, entre otras medidas que se ampliaron y complementaron en abril de 1938 con el Decreto 798: el más importante en la legislación laboral republicana y uno de los más avanzados en el mundo. Muchas demandas obreras se convertían en leyes para beneficio de los trabajadores. La autonomía económica de los sindicatos se reflejó en la adquisición de propiedades, como la construcción del moderno edificio de Carlos III por el *Retiro de Plantas Eléctricas* y su arrendamiento a la Compañía de Electricidad; la construcción del hotel Habana-Hilton por el sindicato del *Retiro Gastronómico* y su arrendamiento a la cadena Hilton; y el desarrollo del reparto Gráfico, por el sindicato de *Artes Gráficas*.

Sin embargo, el germen destructor de ese movimiento, se venía gestando desde 1925. En ese año, casi de forma simultánea, se fundaron la Central Nacional Obrera de Cuba (CNOO) y el Partido Comunista de Cuba. Después, en 1934, con la fundación del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), se inició una pugna con el Partido Comunista por el control del sindicalismo, la cual se agudizó en 1939 con la disolución de la CNOO para dar paso a la fundación de la CTC, y en 1944 con la victoria auténtica en las elecciones de ese año, de tal forma que, durante la celebración del V Congreso en 1947 (que realmente fueron dos congresos: uno controlado por los auténticos y el otro por los comunistas), una resolución ministerial declaró legítimo al congreso auténtico, en detrimento de los comunistas.

La subordinación se manifestó de forma pronunciada ante el Golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. El entonces Secretario General de la CTC, Eusebio Mujal, quien había llamado a la huelga general contra el Golpe, aceptó una oferta del gobierno de Batista a cambio de conservar los derechos adquiridos por la CTC, con lo que se le asestó un duro revés al sindicalismo cubano. En 1953, al resurgir las huelgas obreras, la dirección sindical auténtica quedó atrapada: si las apoyaba entraba en conflicto con el Gobierno, si no las apoyaba perdía al movimiento obrero, y Mujal optó por lo segundo: la alianza con la dictadura.

El gobierno que tomó el poder en 1959 necesitaba del apoyo sindical para apuntalar su proyecto, y como la huelga general del 1 al 5 de enero sirvió para consolidarse, fue utilizada para crear una imagen ilusoria del papel que los obreros habían desempeñado durante la lucha insurreccional. A pesar de ello, el 22 de enero de 1959 se produjo el primer golpe contra el sindicalismo. La CTC fue disuelta y sustituida por la CTC con el apellido de *Revolucionaria* (CTC-R). La resistencia a tal intención no se hizo esperar. Se creó el Frente Obrero Humanista, donde se aglutinaron 25 de las 33 federaciones de industrias bajo el lema *¡Ni Washington ni Moscú!*, lo que abrió un periodo de



conflictos que fue resuelto en el X Congreso celebrado en noviembre de 1959, donde David Salvador, designado Secretario General de la CTC intervenida, ante la pregunta de un observador del Movimiento Social Cristiano, acerca de cuál era entonces el proyecto de los trabajadores, David respondió firme y lacónicamente: "Lo que diga el Comandante".

Ante la división, el entonces Primer Ministro del Gobierno, Fidel Castro, propuso un voto de confianza a la candidatura de David Salvador, dejando fuera a los comunistas y anticomunistas más destacados. Sin embargo, después del Congreso, el Ministro del Trabajo, Augusto Martínez Sánchez, hizo lo que el Gobierno no pudo hacer durante las sesiones del Congreso: inició un proceso de despidos de dirigentes e intervenciones de sindicatos y federaciones, que eliminó a la mayoría de los dirigentes.

Ya en el XI Congreso de la CTC-R celebrado en 1961, no quedaban vestigios del otrora movimiento obrero. Por vez primera se postuló un candidato para cada puesto y los delegados, representando al Gobierno, renunciaron a casi todas las conquistas históricas del sindicalismo cubano: a los nueve días de licencia por enfermedad, al bono suplementario de Navidad, a la jornada semanal de 44 horas, y al incremento constitucional del 9.09%, entre otros. El golpe de gracia se dio en 1966 durante el XII Congreso (al cual asistió como delegado por Santiago de Cuba), en el cual Lázaro Peña, entonces Secretario General, fue destituido. Así el sindicalismo quedó bajo control del Estado y la CTC se transformó en un apéndice del Partido Comunista para el control de los trabajadores. Los resultados de la subordinación se reflejaron en la Constitución de 1976, en la cual los escasos seis artículos del Capítulo VI dedicados a los derechos de los trabajadores, ignoran casi todo lo alcanzado por el movimiento sindical desde la creación de la CNOC en 1925.

El proceso descrito fue una de las consecuencias de considerar que los pueblos son reducibles a una forma de organización donde las personas funjan como simples ejecutoras, lo cual corrobora la indiscutible tesis de que *sin autonomía es*

imposible la existencia de un verdadero sindicalismo.

En la situación actual, es decir, en ausencia de un verdadero sindicalismo, el Gobierno cubano, después de agotar todas las posibilidades de subsistir sin cambiar, está emprendiendo algunas reformas, bajo el nombre de *actualización del modelo*, que tendrán un fuerte impacto negativo en los trabajadores por el grado de indefensión en que se encuentran ante el Estado, lo que permite al Estado decidir por sí solo y limitarse a solicitar el apoyo a los obreros, como lo demuestra el actual Pronunciamiento de la CTC.

Si el actual proyecto gubernamental no contempla los derechos y libertades que requiere el sindicalismo, para que los trabajadores puedan transitar de la actual condición de masa a verdaderos sujetos de la gestión económica, es decir, que puedan obtener salarios en correspondencia con el costo de la vida y que la condición de empresario deje de ser un privilegio de los no nacidos en Cuba, el Estado enfrentará un nuevo y rotundo fracaso. No hay alternativas: se restablece el sindicalismo independiente o no habrá *actualización del modelo*. {V}

La dirección del Gobierno ha venido trabajando en la elaboración de un conjunto de medidas que garantizan e instrumentan los cambios que resulta necesario e impostergable introducir en la economía y la sociedad...; En correspondencia con el proceso de actualización del modelo económico y las proyecciones de la economía para el período 2011-2015, se prevé en los Lineamientos para el año próximo la reducción de más de 500 000 trabajadores en el sector estatal...; Nuestro Estado no puede ni debe continuar manteniendo empresas, entidades productivas, de servicios y presupuestadas con plantillas infladas, y pérdidas que lastran la economía...; Al sindicato le corresponde actuar en su sector con un alto nivel de exigencia y mantener el control sistemático de la marcha de este proceso, desde que se inicie hasta que concluya, adoptar las medidas que correspondan y mantener informados a sus organismos superiores y a la CTC...

La dirección del Gobierno ha venido trabajando en la elaboración de un conjunto de medidas que garantizan e instrumentan los cambios que resulta necesario e impostergable introducir en la economía y la sociedad...; En correspondencia con el proceso de actualización del modelo económico y las proyecciones de la economía para el período 2011-2015, se prevé en los Lineamientos para el año próximo la reducción de más de 500 000 trabajadores en el sector estatal...; Nuestro Estado no puede ni debe continuar manteniendo empresas, entidades productivas, de servicios y presupuestadas con plantillas infladas, y pérdidas que lastran la economía...; Al sindicato le corresponde actuar en su sector con un alto nivel de exigencia y mantener el control sistemático de la marcha de este proceso, desde que se inicie hasta que concluya, adoptar las medidas que correspondan y mantener informados a sus organismos superiores

volabas en caballo blanco el mundo
o r l a n d o l u i s p a r d o l a z o

CANCIONES MIERDERAS que marcaron de muerte a nuestro pobre y provinciano corazón. Baladas baladíes, por supuesto. Poemas plañideros que nuestros progenitores interpretaron mientras hacían sus labores domésticas de fin de semana o mientras hacían de noche mediocrementemente el amor (esa otra labor doméstica).

Música mala. Malísima. Inimitable y sin igual. Kitsch tropicaloso de alcoba. Boleros *light* y melodramas *pop-corn* de cornudos y tembas. Estrofas estrujadas con versos inolvidables, eufonías que nos acompañarán más allá del Juicio Final ante un fiscal del Estado o de Dios.

Con esa banda sonora chupamos teta y aprendimos las primeras palabras patrias del español. Hezpañol. Melodías

genéticas, genésicas, geniales a pesar de su ingenuidad. Todo un *background* de barrios barridos bajo los berridos del bebé que fuimos y los onanismos oníricos del adolescente que envejeció sin serlo del todo nunca.

Hoy Cuba ha enmudecido a fuerza de gritos de repudio y demagogia política, pasto teatral para el vulgo: bullita de las postrimerías nada estéticas de una Revolución cuya cancionística nadie de nuevo tarareará.

Hoy somos como zombies en clave de sol sostenido mayor, el más aburrido de los acordes. Monotonía de un pentagrama que se quedó con los micrófonos en blanco. Así como nadie recuerda las amenazas apocalípticas del Premier de nuestro único Partido, tampoco ya nadie memoriza las letras del último hit de la temporada de baladas.

Borramos escenas. Deshabitamos apenas al ritmo de la resaca. Cuba como parónimo perfecto de Coda.

Y, entonces, cuando la esperanza se vaya asumiendo por fin como una enfermedad endémica, cuando sepamos que estamos solos en tanto generación y que no haremos nada que luego valga la pena pensar, entonces, cansados de darnos cabezazos contra los fantasmas suicidas y los funcionarios pragmáticos en que sin saberlo nos convertimos, cuando el brillo del día a día sea una bruma pasada por nuestras cataratas conceptuales de gente que se dejó robar el tiempo que le tocó existir, entonces, la molicie de aquella música de nuestras infancias monólicas estará esperándonos todavía allí, como una visa para salvarnos, como un talismán contra las dictaduras de corte totalitario o democratizado, como una almohada donde recostar la nuca y pedirle perdón al amor por lo mucho que parloteamos en su nombre y por lo muy poco que lo practicamos.

La cultura entera sólo tendrá sentido entonces en dos o tres frases de pacotilla que expresarán mejor que cualquier tratado lo que fuimos pero ignoramos. Endecasílabos endemoniados de los que no tenía sentido intentar la fuga, porque entre sus metáforas mefíticas, en alguna de sus mil y una almibaradas fonías (mejor que la inteligencia falsa de los poetas de verdad), resonará el alma secreta de ese timo en fase terminal llamado la cubanidad. {V}

volabas
en
caballo
blanco
el
mundo

(inédito) diario de edmundo (inédito)

desarrollo
memorias del desarrollo
desnoes' memories of overdevelopment



30.

UNA vez en camino me sentí despierto, lleno del vacío que iba devorando por la carretera. Avanzar sin rumbo era delicioso; iba cortando el aire de la mañana y la fresca, el aroma temprano me asaltaba. Apenas oprimía el acelerador. El aire barría el tenue vello del brazo que sobresalía por la ventanilla. No estaba en parte alguna. Atrás quedaba el declive de las lomas derramadas y detrás del horizonte, más allá de los árboles, el mar inquieto, inestable, y mi vida se desenredaba por la carretera. El asfalto era una escultura chata, infinita. Ella estaba desnuda y miraba la carretera siguiendo los autos y camiones con los ojos. Había dejado atrás, en la habitación, toda la minúscula ropa hipócrita. Nada en la cama destendida, gotas de agua llorando en el espejo del baño y toallas mojadas amontonadas en el suelo.

“¿Qué te parece si enfilamos hacia... el oeste?”

Mi muñeca estaba sentada sobre la guantera, las piernas extendidas hasta tocar el cristal del parabrisas, el oblicuo sol de la mañana destacaba sus senos demasiado perfectos, redondos, sostenidos por dos medialunas de sombra. Las carnes de puro vinilo reflejaban la luz como el mármol de los griegos y el óleo de tantos desnudos del renacimiento. Era la Venus de un vasto continente que yo quería comprender y poseer. Una superficie resbaladiza.

“¿Tal vez preferirías que viajáramos hacia el sur profundo?”

Mi trajinado Toyota simplemente fluía, planeaba como una oscura ave de rapiña. Puro éxtasis sin metas ni recuerdos ni destino.

“¿Sabes una cosa? Tienes una suerte enorme, pequeña, no vives preocupada, confundida por las palabras. Las ideas son siempre instrumentos limitados, objetos brutales comparados con el poroso silencio. Las ideas te desvían del camino, te sacan de quicio. Los sentimientos no deben abrumarte, deben fluir como el paisaje. Por esa razón, tú vivirás para siempre; las piedras, el mármol dura tanto porque no se desgasta pensando. Vives en silencio, pero no estas ausente”.

Hablaba mierda como todo el mundo habla con su compañera. Su silencio me obligaba a envolverla en palabras. Eran mentiras que podía creer. El sol se aproximaba al cenit, y no solo daba forma y peso a sus senos. Insinuaba dos pezones de luz.

Beethoven. La novena sinfonía se desbocaba por mis venas. El estruendo ocupaba y horadaba el espacio, tan universal que no pude oír la sirena del auto patrullero que viajaba por la senda contigua, reclamando mi atención. El velocímetro vacilaba entre las ochenta y las noventa millas por hora. Saltó ante mis ojos como una sombra. Lo único que pude lograr fue retirar a mi compañera de su mirador y sentarla a mi lado antes de amainar la velocidad y detenerme a un costado de la carretera. El patrullero se estacionó detrás de nosotros. Estaba todavía en limbo, los ojos perdidos cuando me miré en el retrovisor.

“Do you know how fast you were flying?”

“No officer, but I do now,” no había prestado atención a la velocidad hasta que la autoridad me sorprendió volando a dos pulgadas del asfalto. Me incliné para ocultar el desnudo cuerpo inmóvil a mi lado y de paso extraer la cartera y pre-

sentarle mi licencia de conducción y el registro del vehículo. De reojo la visité desnuda e indiferente a mi lado. El auto de pronto creció, se volvió enorme, sólo la diminuta muñeca era de mi mismo reducido tamaño. Su pequeñez era mi insignificancia. Todo lo demás latía desproporcionado, grávido, todo adulto y enorme. Solo mi compañera existía a mi escala; solo ella respiraba y palpitaba a mi lado. Me volví a encorvar hacia el volante esperando que el patrullero no reconociera que viajaba acompañado; estaba seguro que había notado como me encogía bajo sus ojos.

Me vi juzgado y condenado ante los ojos de la autoridad: un viejo verde y ridículo, viajando a más de ochenta millas por hora acompañado de una niña inocente, desvestida, inerte, desnuda a mi lado. Aunque violar a una muñeca de vinilo no figurara en las leyes, yo había cometido un crimen. Ahora se burlaría, atormentaría al anciano antes de arrestarlo.

La avasalladora masa azul del uniforme crecía mientras yo apretaba el volante para no temblar. El patrullero se apoyó en la ventanilla, me miró desde lo alto y sus ojos recorrieron el interior del vehículo. El éxtasis de la velocidad se había evaporado y yo me hundía, desaparecía en un bache.

Mi vejiga había entrado en juego y yo, no podía evitarlo, tenía que orinar.

"That's a great idea", el patrullero me dijo con una sonrisa mientras inclinaba la cabeza hacia la mujer portátil. *"You've got it buddy. The next time I go on vacation I'm not taking my wife"*.

"She knows everything but says nothing". Estaba a punto de orinarme, especialmente ahora que la autoridad había visto con simpatía mi decisión de viajar acompañado por una muñeca de pocas palabras y sutil entendimiento.

"She's a real beauty", y me devolvió los documentos. *"You shouldn't endanger her life by speeding. It's a precious cargo you've got there"*. Me entregó la multa y se alejó. El patrullero no tenía que preocuparse: aunque yo muriera en un accidente, la mujer sobreviviría. Sí, Bárbara era un precioso cargamento.

Me agaché y destapé una botella de Snapple que había estado rodando por el piso, bajo mis pies; me abrí la bragueta y logré colocar mi glande en el pico de la botella y empecé a orinar.

"No me mires, no debes mirarme mientras..." Mi muñeca había volteado la cabeza hacia la izquierda, y me estaba vacilando el pene. "¿Oíste lo que dijo? Se admiró de tu belleza y me dijo que cuando tomara sus próximas vacaciones, iba a dejar a su esposa, una mujer obesa, estoy seguro, en la casa".

Iba ahora por la carretera a sólo cuarenta millas por hora; mantenía la mano izquierda en el volante y con la otra sostenía la botella que se iba entibiando con mi interminable meada.

"Creo que vamos a tener que comprarte una minifalda y una blusa de seda... Es culpa mía. No puedes seguir viajando desnuda".

31.

Hemos caído en Mobile, Alabama. Llevamos rodando y rodando una semana... tal vez diez días. Las autopistas, lo creo y lo repito, aparecen como una gran escultura plana, gris, acostada, negra, marcada por interminables cintas blancas y amarillas. De día devoramos asfalto, nos deslizamos por la superficie del continente hacia las aguas del Caribe, y de noche nos hundimos en el pozo de la habitación. Y siempre la misma habitación en diferentes moteles. Tal vez cambia la disposición de las lámparas y cambian los colores de los cuadros tras la cama. Esta noche decidimos detenernos en otro Holiday Inn pero hoy decidimos corroborarnos en una suite con un turbulento Jacuzzi.

La abundancia de comodidades y el exceso de productos siempre uniformes y las persistentes texturas plásticas y las luces químicas, brillantes —todo crea un vacío voraz a nuestro alrededor. Nos movemos hacia ninguna parte. Todo cambia y rueda ante nuestros ojos bajo el sol o se hunde en la noche porosa, pero todo,

sin embargo, termina en lo mismo. Flotando sobre nubes de asfalto. No sé dónde estoy, pero estamos juntos.

El sur, *the South*, es diferente. Hay más perros sueltos, sin arreos. Hay un reguero de latas de cerveza abandonadas al borde de la carretera, entre la hierba, y las bolsas vacías, desechadas, de productos consumidos a lo largo del progreso monótono.

Hace un par de días, en Charleston, al bajar del auto, mi amor se resbaló del asiento y cayó al duro pavimento. Acabábamos de apagar el motor en un estacionamiento público, frente a un Wall Mart monstruoso, cuando un perro labrador me arrebató la extensión de mi cuerpo y se llevó corriendo a mi compañera entre los dientes. Ella no pudo convencer al divino can, no pudo obligarlo a que soltara la delicada presa. El perrazo sacudía la cabeza de un lado al otro mientras yo le imploraba, le rogaba que me devolviera el cuerpo aterrado de Bárbara, pero el dominicano hundía sus blancos dientes en la carne diminuta. Se echaba a correr cada vez que me aproximaba.

Finalmente una niña se acercó correteando, llamando al animal, seguida de una pareja joven, y el perro labrador, al reconocer al trío, soltó la muñeca y empezó a lamerle la mano al hombre.

"*You dirty old man!*", exclamó la esposa y tomó a la niña de la mano antes de sacudir la cabeza y alejarse murmurando. Me llamó viejo indecente.

"*The dog could have killed her*", protesté con una agresiva y aterrizada sonrisa. El perro la podía haber desmembrado.

El marido volvió la cabeza para recriminar con un gesto al anciano libidinoso.

"*It's your fault!*" Era mi culpa porque era mi narración.

"*The teeth went into her hips, look, they left a mark...*" y froté la cadera de mi compañera con el pulgar, sintiendo la huella de los dientes en la carne baboseada por el perro.

"*Buy yourself another one, old timer*".

¡Cómo se atrevía a sugerirme que me comprara otra muñeca! Esta es la que tengo y quiero y más todavía, amo. Los seres amados no son intercambiables; no todo, *my friend*, se puede comprar y vender.

"*Maybe you would like to sell me your wife*", murmuré convencido de que no había escuchado mi oferta de comprarle la esposa.

"*Mommy, the Barbie had no clothes, I have an old dress...*" La niña quería regalarle un vestido a Bárbara.

"*That's all right, honey*" y la esposa sacudió la cabeza sin detenerse; pude reconocer un perfil mezquino y oírle recriminar al perverso, al enfermo sexual con el desnudo profanado entre las manos. "*You should be ashamed of yourself!*"

De regreso a la estéril habitación del motel, recorrí cuidadosamente las curvas y extremidades del cuerpo de la mujer que ahora me miraba con sus ojos enormes. Dos diminutas huellas de colmillo marcaban sus muslos. Y su anillo de fantasía había desaparecido, dejando un hueco entre sus dedos. Ella, sin embargo, todavía sonreía.

"Mi vida, cualquier otra mujer, bajo las mismas circunstancias, estaría sangrando y quejándose..." Su cabello revuelto ocultaba parte del rostro y las greñas doradas, húmedas aun de saliva, se le adherían a las mejillas, los hombros, envolvían el largo cuello.

Me siento como un imbécil, reconozco que soy un cretino. ¿Qué importa? Tenía que aceptar lo que había ocurrido; acaricié el cuerpo violado, recordé mi pasión por las carnes trajinadas. Reconozco la belleza de las arrugas, de las heridas del tiempo. Ángela. Dorothy. Hasta la ruina de mi propio cuerpo.

Los desparramados animales muertos, atropellados y aplastados en medio de la carretera me revuelven el estómago cada vez que trató de evitarlos mientras circulamos hacia otra parte. Una marmota ayer parecía dormir sobre la doble cinta amarilla que divide la carretera. Atravesábamos un paisaje de arboledas. Imaginé que desde la vegetación la superficie pulida, limpia del asfalto podía parecer un

remanso seguro para los ojillos de una marmota. Los ciervos, los conejos y las gallinas no ven el peligro, no pueden reconocer que los autos y camiones son enemigos depredadores. Todos los días rodamos sobre los cadáveres de las inocentes víctimas, hígados, intestinos derramados y costillas trituradas y sangre sobre el asfalto. Algunos cadáveres son ya alfombras, láminas machacadas, carne aporreada y curtida.

Levanto la vista —estamos en otra habitación, en otro motel—, por la ventana entra un aire frío. Afuera es de noche, desde la carretera el seseo de los autos y camiones nos acompaña. Mientras escribo ella permanece sentada al borde de la pantalla, sus piernas extendidas ocultan varios íconos en la base de la computadora portátil. Acabamos de bañarnos juntos, de refocilarnos en el Jacuzzi. La ayudé a lavarse el pelo y utilicé la secadora junto al lavamanos de mármol para dejarle la cabellera luminosa y amoldada. Después de secar las carnes de mi muñeca, la acaricié meticulosamente y mis dedos chirriaron sobre la piel reluciente; terminé esparciendo una loción de almendras a lo largo de los brazos y alrededor de los senos, a lo largo de su espalda tatuada y sobre las nalgas abultadas. Sus genitales son apenas un bulto cerrado. Yo me derramo, me olvido de todo.

No vivo engañándome. Lo sé y me importa poco la frágil línea entre la realidad y la ficción. ¿Dónde coño está la verdadera mujer? ¿La realidad? Los cuerpos palpitantes de antaño que me acogieron entre sus brazos tibios y la carne plástica hoy entre mis dedos son una y la misma cosa. La muñeca de ojos siempre abiertos es tan real, tan concreta, está tan viva y es tan verdadera como las mujeres de mi pasado. Tan llena de realidad como Julieta, como mi tía Julia. Y tan vacía, tan parte de la nada como yo aquí.

El perro la mordió desnuda por mi culpa. Tenía la minifalda y la blusa de seda... No la quería vestir, me resistía, pero su desnudez me empezaba a aburrir. Estoy en la tierra prometida. Un vestido floreado, unos zapatos afilados, con tacones alejándola de la tierra, y ajustadores y bragas de encaje negro —para reinventarla. Prefiero cubrirla de palabras: *Mientras por competir con tu cabello, oro bruñido el sol relumbra en vano; mientras con menosprecio en medio del llano mira tu blanca frente el lirio bello; mientras a cada labio siguen más ojos que al clavel temprano; y mientras triunfa con desdén lozano del luciente cristal tu gentil cuello: goza cuello, cabello, labio y frente...* ¿Vestida en español es más mía?

Por unos días traté de vivir en mi creación y fuera del mundo.

32.

Antes de emprender la retirada trepamos las dunas de Oregón; los innumerables granos de arena, triturada roca, desmenuzados esqueletos del mar, los granos se reúnen en minuciosas, agrestes, empinadas lomas, crecen, se alzan y se precipitan, desgranar, ocupan una extensión tranquila de arena indiferente. Nos bañamos desnudos lamidos por el enorme océano; sentí los granos de arena durante días escondidos en sus axilas, entre los muslos y la cadera, refugiándose entre mis dedos, en el talón y la punta de los zapatos. Y el agua en los oídos.

Aquella noche le enjaboné y enjuagué la cabellera dos, tres veces hasta que desapareció la sal y los granos de arena descendieron por el tragante de la bañera —pero la lengua del mar persistió en la fresca de la piel. Una, dos horas en el baño del monótono motel. Pero dos, tres horas no significan nada.

Había sentido, entre las olas, deseos de abandonarla. Dejarla en el mar de cuya espuma había surgido. Espuma creada por mis propios testículos.

Encontré el buzón lleno de cartas impersonales, anuncios, cuentas de la tarjeta de crédito, la luz, Warner cable, Verizon. Ni siquiera una llamada... telefónica, del teléfono, en la contestadora.

Traté de desaparecer... —Bárbara, por unos días conmigo en el exilio, lo tenía todo, ahora Barbie ha reaparecido. La huella de la mordida, los colmillos del perro siguen tatuándole los muslos.

Andar, adelantar por la carretera resultó lo más parecido a vivir inmóvil. Y mi compañera nunca cerró la boca, viajó siempre con los labios entreabiertos.

¿Cuándo regresé? Creo que hace un mes, pero siempre el tiempo es demasiado o el tiempo es muy poco. Ahora la sonrisa está cubierta de polvo, su cuerpo plástico descansa en lo alto del librero entre *La prisonnière* y *Albertine disparue* de Proust y *Die Verwandlung* y otros cuentos de Kafka.

Nunca dejó de mirarme y sonreír. Hoy la miro y no me ve. Creo que extraña la ropa que otros hombres le hubieran podido comprar, y, además, Barbie resiente mis palabras. Gocé de cuello, cabello, labio y frente. Lo gocé antes de que se convirtiera en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

Hay telarañas en ciertos rincones de la cabaña. Algún día la veré con una telaraña entre las manos delicadas, anclada la red en su rostro, rodeando los hilos las piernas largas y apenas la podré ver.

33.

El matamoscas en la mano, en el aire; en la mano derecha. Me confundo. Sé que lo sostenía en la mano derecha porque miré la hora en la izquierda; además, tengo otra manera de saber dónde está la derecha y dónde la izquierda: levanto la mano y escribo en el aire con una pluma imaginaria. Sostenía el matamoscas en la derecha.

Vacilé por un instante, sentí que blandía los pies de mi mujer, agitaba su cuerpo en el aire, antes de comenzar la matanza. De tanto tocar la muñeca, palparla, todo lo que agarro entre las manos me trae su recuerdo a los dedos. Los dedos recuerdan.

Al cabo de cada estación del año ocurre lo mismo, pienso que las he matado a todas, eliminado la multitud de moscas que aparecen en racimos por la casa, caminando por los cristales, posadas en los marcos de las ventanas. Invaden la cabaña. Salen de entre las maderas de las paredes, de las ventanas. Aparecen temprano por la mañana, al amanecer, cuando levanta el sol y golpea, ilumina el ventanal que da a las montañas. O revolotean por la cocina mientras me preparo el desayuno. Y las veo manchando el paisaje, el paisaje que entra por las ventanas, picoteando la trama verde de una enorme alfombra sobre la urdimbre de la tierra.

Yo, diminuto, contemplo la naturaleza, solo, bajo techo, sentado a la mesa, mojando el pan con mantequilla en el café con leche, y las moscas se interponen, forman palabras incoherentes, garabatos en el cristal, vuelan deshaciéndose en el aire y reagrupándose, hablándome en ideogramas. El gran ventanal es un vitral de vegetación. Las moscas se interponen, confunden con las letras, las palabras que voy grabando en mi monitor iluminado. Dejo de escribir y siguen manchándome la vista. Como los pájaros, los insectos no ven el cristal, solo perciben la transparencia y tropiezan con la impenetrable lámina. El cristal mantiene a los insectos dentro de la casa, atrapados aquí conmigo.

He matado cientos de palabras negras e incoherentes. Miles de letras, de moscas formando garabatos ininteligibles. Y siempre vienen a la ventana, agujereando el paisaje. Las moscas vienen atraídas por la luz; interfieren mientras yo me entrego al panorama. Por la noche solo unas cuantas letras me irritan, persiguen. Son las moscas más ruidosas y amenazantes.

Acabo de asesinar una bandada de letras; un golpe por cada letra y caen a la mesa, entre los cojines, sobre el marco, al suelo como moscas. Ahora veo limpio el paisaje.

Es un entretenimiento, una obsesión, tengo que exterminar las “familiares, inevitables golosas, pertinaces, raudas, perseguidas... Moscas de todas las horas, de infancia y adolescencia, de mi juventud dorada, de esta segunda inocencia que da el no creer en nada”. Me aflora, borbotea el poema de Machado. “Yo sé que os habéis posado sobre el juguete encantado, sobre el librote cerrado, sobre la carta de amor, sobre los párpados yertos de los muertos”.

{V/52}

Por la mañana basta con una bofetada y caen muertas al suelo. Pero de noche es una batalla deshacerse de las impertinentes moscas zumbonas. Durante el día se mueven en silencio, sólo a veces enloquecen, zumban, y se lanzan contra las ventanas, las paredes, el techo. Rebotan contra los cristales y lloran como cualquier mamífero acorralado. De noche las sobrevivientes vienen una y otra vez mientras leo y tamborilean contra la pantalla del bombillo de luz tras el sofá. Tienen una energía increíble. Tan pequeñas pero tan insistentes. Aporrean, atrapadas, el interior de la pantalla, atraídas por la luz y luego repelidas por el calor. Es un sol de setenta y cinco vatios. Vuelan hacia la luz eléctrica y luego enloquecen. Las oigo primero, antes de ver las negras puntadas, las vocales sonoras. Si tengo suerte, caen muertas sobre el respaldar y no puedo distinguir los cuerpos sobre la piel negra del sofá. A veces corro la mano entre los cojines para sentir y extraer la mosca muerta.

Antes, nunca me sentí culpable de matar tantas moscas. Entiendo ahora eso de ser incapaz de matar una mosca. Ahora me preocupa la matanza. La mosca que acabo de matar estaba aturdida de tanto inútil intento de evitar la luz ardiente o mi bofetada.

Acabé asesinándola cuando escapó del ardiente interior de la pantalla apergaminada, y voló para posarse en el techo, exhausta. La aplasté de un solo golpe y ahora veo una mancha de sangre, la linfa del insecto en el blanco techo de la habitación.

Me quedé mirando fijamente la superficie del matamoscas; pensé que si yo fuera una mosca el instrumento sería un objeto pavoroso. Con este matamoscas liviano, verde, plástico, debo de haber ejecutado a cientos de moscas. Nunca había contemplado el matamoscas como una superficie cruel. Me siento hoy como una mosca, una mosca emparentada a cada palabra de mi diario. Mis palabras solo se mueven mientras escribo, tecleo, entonces quedan paralizadas en la página. De pronto el matamoscas ha cobrado vida propia, un utensilio lleno de historia. La trama plástica es una triste trampa.

La coloco a mi lado, junto a la computadora mientras escribo, mientras espero por el insecto. Siempre sobrevive una mosca.

¿Cómo reaccionaría mi muñeca si la acometiera con el matamoscas?

No puedo evitarlo, con frecuencia exagero hasta el absurdo mis sentimientos. Deliberadamente me dejo llevar por la caricatura, por la exageración grotesca cuando anoto lo que me pasa —pero ahora ocurre todo lo contrario. No puedo controlar mi discurso, mi narración me controla y confunde. Me da vueltas, me pone aretes, me orina.

Ya no escribo, el diario ahora me escribe.

34.

El teléfono zumbó como una mosca atrapada en una caja de zapatos... cinco, seis timbrazos... me levanté y contesté. Hace unos minutos. Apenas. Una voz perdida pero insistente dijo mi nombre; una voz de mujer insistió en que era mi hija, primero en inglés ensayado y luego “sí, tu hija.” Le insistí en que yo no tenía una hija, y se hizo un silencio que aproveché para rogarle que no me volviera a llamar. Probablemente es parte de una campaña publicitaria para seducirme a pasar una semana con Minnie Mouse en Orlando, La Florida.

Ahora veo que se me escapó una mosca. La oigo, la veo. La descubro volando contra un fondo claro y luego se pierde. Basta con una mosca para hacerme la vida imposible. Me desafía. La busco en el otro ventanal, la veo en el cielorraso, pero se escurre cuando me acerco.

Ahora la veo en la mesa, mientras escribo se me posa en el brazo, en la cabeza.

Le perdoné la vida. Tenía el matamoscas a mano, pero la dejé seguir revoloteando en silencio. Ha logrado sobrevivir a la masacre, tiene derecho a vivir... es astuta, y quiere vivir más de lo que yo deseo vivir. Además, me guarda compañía.

Eres la única persona con la que puedo hablar. Por eso hablo solo, me hablo; es una nueva manía. Me hablo y luego me escribo. Y después leo mis propias palabras para reconocerme.

Ayer contemplaba el vacío, con la mente en blanco, cuando observé algo que no podía entender. Una araña totalmente enajenada dejó caer del techo un hilo por el que se deslizaba hacia el vacío. Estaba en medio de ninguna parte, a gran distancia del librero y más alejada aun de la pared. El filamento es invisible cuando se mece y aleja de la luz y la araña flota, tiembla en el aire. No podía imaginar dónde pretendía construir la red.

Hoy, para mi sorpresa, todavía cuelga del techo, se balancea en medio de la habitación. Tal vez no es una araña, tal vez es un ácaro, polvo atrapado en un hilo gris, plateado, abandonado.

Es una araña, una pequeña araña albina, muerta. Acabo de examinarla, estudiarla de cerca, con ayuda de una lupa. La pálida araña me recuerda de pronto a mi madre; la proximidad, el análisis detallado, íntimo del insecto muerto me avivó, devolvió a Hilda, la revivió. Me siento como una pulga transparente —esas son sus propias palabras. Ella ya no es, pero sus palabras siguen ahí conmigo. Esa era la imagen que Hilda me sembraba en la conciencia cada vez que yo tenía que viajar y mi madre me pedía que le trajera tinte para su cabellera plateada, para su pelo blanco, descolorido, translúcido; me rogaba que le trajera de Londres, tenía que ser de Londres, un tinte que le devolviera el cabello rubio de su juventud.

Era todo lo que Hilda me pedía cuando yo le anunciaba que iba a Checoslovaquia y a Budapest y a Rumania. Hilda exigía que el tinte procediera de Inglaterra; mi madre se negaba a utilizar un tinte producido en un país ateo, temía perder el poco pelo que le quedaba con un producto de la RDA. Hilda andaba por los setenta y pico largos, era una septuagenaria preocupada por su imagen terrenal. Eso ocurrió durante los primeros años de la Revolución.

“Eres una dulce y amorosa viejita”, le decía. Hilda insistía que nunca se veía en el espejo como una dulce y amorosa viejita, se veía como una pulga transparente, albina. “*I have no color, I've lost myself. I only see a transparent flea*. No tengo color, he perdido todo el color, parezco una pulga hambrienta”. Le solía comprar varios tintes, diferentes matices dorados de Revlon *hair coloring* para su cabellera invisible cada vez que viajaba y hacía escala en Londres capitalista y decadente.

Mi madre murió cuando yo estaba en Isla de Pinos dando una charla sobre *Un día en la vida de Iván Denisovich*. Como uno de los editores de *Literatura Internacional* yo me había atrevido a publicar la novela y, encima de todo, a defenderla. Después de la charla a los jóvenes en la Isla de la Juventud un “cuadro”, ostentando una guayabera de nylon, una agenda en la mano, varios bolígrafos en el bolsillo, y ocultando los ojos un par de Ray Ban para el implacable sol, se me acercó con expresión compungida y me insistió que lo acompañara. “Y eso, ¿por qué?”

“El vuelo para La Habana está detenido, hemos detenido el vuelo especialmente para enviarlo lo antes posible para La Habana, para que llegue a tiempo.”

“¿A tiempo para qué?”

Estaba aterrorizado, pensé que me estaban deteniendo por haber lanzado un ataque contra el realismo socialista. ¿Por qué, estúpido de mí, me había atrevido a atacar a la santa iglesia soviética? Había oído rumores, amigos con acceso a la dirigencia, me habían dicho que Raúl, el heredero al trono, había estado a punto de mencionarme en un discurso como ejemplo de un solapado intelectual de la corriente antisoviética. El jefe de las Fuerzas Armadas estaba a punto de mandarme al infierno. “Ese comemierda, ese maricón de Desnoes se cree que me puede engañar”, imaginé que comentaba con sus íntimos en el Estado Mayor.

Entonces un dirigente con auténtica pasión cultural, Alfredo Guevara, convenció al Número Dos que yo me había excedido, quería demasiado, y demasiado

pronto. “Desnoes anda desorientado pero es inofensivo. Como escritor, no es malo”. Eso fue lo que me contaron dos años más tarde.

Había declarado, insistido en que Solzhenitsyn era prueba contundente de la liberalización admirable de la Unión Soviética. El entonces General de Brigada Raúl Castro pensó que yo estaba utilizando la novela para atacar a la Unión Soviética, la sagrada cuna del socialismo, y al mismo tiempo debilitar los eternos lazos de amistad que unían a nuestros pueblos. El delfín me iba a convertir en polvo. Me sentí perdido, debí haber cesado y desistido cuando empezaron a circular los rumores de mi apostasía. Pensé que estaba defendiendo las reformas progresistas en la patria del socialismo. Jruschov también había abrazado la novela para atacar a Stalin. ¿Quién me creía yo que era? ¿Cómo me atrevía? Me había sentido ridículamente orgulloso de ser el primero en atacar el Realismo Socialista públicamente en nuestra pequeña isla del mar Caribe. ¡Buena mierda!

Estaba dispuesto a confesar, a darme golpes de pecho en una dilatada autocrítica en cuanto llegara al aeropuerto de La Habana. Me informaron, en cuanto aterrizamos, que mi madre había muerto. La Revolución no me había arrestado, la Revolución había facilitado mi regreso, mi participación en el velorio y en el entierro de mi madre.

La verdad es que sentí un alivio inmenso. Me sentí tibio y dulce en la funeraria Caballero, sereno mientras contemplaba el rostro apergaminado y los filamentos rubios adheridos al cráneo de mi viejita. Parece que todavía le quedaba tinte de mi último viaje a Londres. Me sentí vivo y libre de caminar por la ciudad y sentir, sufrir la ausencia de mi madre muerta.

La araña me trae la imagen de mi madre y las horas de aquella noche cuando sentado junto al féretro de mi madre recité este haikú del siglo XVI:

Algo amargo,

algo cómico:

mi madre muerta:

y yo tirándome pedos.

36.

Este diario era un diario, fue un diario si es que algo significan las palabras que me digo a mí mismo. Diariamente, con frecuencia hasta dos veces al día visitaba estas páginas. Desde que vine aquí a vivir en el paisaje. Diario, *diary*, del latín *diarium*, cada día; *dies*, un día. A veces abandonaba mis anotaciones durante una semana, un mes, pero por lo general era y es una masturbación constante, periódica, inexorable.

Anoté mis impresiones por última vez el otoño pasado y ahora otra vez estamos entre hojas secas y costras de nieve.

Apagué la pantalla iluminada del monitor y decidí —como solían declarar mis alumnos— *to go with the flow*, dejarme llevar por la corriente. Como ocurrió durante mi viaje a Europa. Las extrañas almohadas del hotel. Los olores limpios y curruscantes. La rutina del *croissant* sumergido en el *cafe latte*, un subibaja que me recordaba la tajada del pan de flauta, sumergido en la taza de café con leche sobre la mesa de mármol arañado en un cafetucho de la calle Monserrate. Y las mujeres que no me miraban en Europa me regresaron a los ojos hambrientos de las cubanas. Ser invisible tenía sus ventajas, nunca sufriría una decepción y nunca me perdería en un orgasmo que acabaría dejándome el pene embadurnado de semen y jugos femeninos, recogido, y el olor del placer absorbente convertido en un pegajoso tufo.

¿Qué coño quiere Edmundo?

Lo mejor sería morir en un orgasmo. El orgasmo es sólo mi desaparición, el olvido sin la muerte. Vivir sin pensar.

Estoy de nuevo contemplando la lenta corriente del arroyo, un fluir que no cesó durante mi ausencia. Es evidente que mi ausencia es el hueco de aire que deja mi

{ V/55 }

una masturbación constante, periódica, inexorable

cuerpo. De nuevo aquí, todavía aquí. Haga la cuenta de mi vida o haga la cuenta de no haber aun nacido, no alcanzaré a liberarme. ¿Qué pasó?

~ He releído este diario para recordar, imaginar quién soy. Para ver tantas burbujas reventando, reconstruir los cuerpos que han desaparecido del cuento, fro- tar y avivar los colores que se han desteñido.

• Tengo un año más de manchas y arrugas, casi setenta, sesenta y nueve, una pareja que se contempla las delgadas extremidades, 69, dos enormes cabezas y genitales invisibles. Setenta en octubre.

• Algunas cosas que escribí han perdido todo su peso, no las entiendo como las percibí entonces. Tantas páginas tediosas y, peor, pretensiosas, pero unas cuantas anotaciones, no están del todo mal; la presencia de mi tía Julia, la ausencia de mi hermano, la Revolución que me puso mierda y miel en la punta de la lengua, la abierta y escurridiza mujer.

Quiero... los viejos no tienen “quiero”.

• Este diario irregular, vagabundo, dado a hurgar hasta el vacío, es todo lo que tengo, donde recojo los detalles de una vida llena de agujeros, un siglo, el siglo veinte, mi siglo atroz.

• Nada se demora entre los viejos, nada crece, todo se descompone, pierde, des- prende de mis años, revienta y se esfuma.

• No me he olvidado de Dorothy, pero me cuesta visualizarla. No recuerdo el color de sus ojos ni el peso de sus senos derrumbados descansando en la copa de mis manos. Dorothy, desde luego, debe haber vuelto a su vieja costumbre de mas- turbarse sola, y hablar con el hijo de Dios.

• Estoy disfrutando, debo admitirlo, mi regreso a estas páginas. ¿Y sabes una cosa, Edmundo? Es toda la continuidad que necesito. Me erotiza, estimula, entretiene hablar solo, y a veces me confunde hasta la incoherencia. La más difícil, íntima y desconcertante relación es con uno mismo. El inevitable escarceo con el otro que siempre va conmigo. Puede haber caricias, “eres muy grande”; puñaladas, “te dije que no lo hicieras”; autoerotismo, “es puro éxtasis botarse una pa- ja”; y caídas hondas de los Cristos del alma, “soy un mierda”; —pero nunca de- serciones, “¡o nos condenan juntos, o nos salvamos los dos!”

• “Libro en que se recogen por días sucesos y reflexiones”. Eso dice en su segun- da acepción mi diccionario Larousse. Busqué *diary* en un viejo Webster Collegiate Dictionary. “A record of events, transactions, or observations kept daily or at frequent intervals, daily record of personal activities, reflections, or feelings”. Es la misma cosa, con mayor precisión, pero la misma cosa. Pero contiene, sin embargo, una palabra importante, *feelings*; creo que las emociones y los senti- mientos no sólo preceden, determinan la reflexión.

• Diario, *diary, journal*. En español y en francés, es al mismo tiempo un diario íntimo, privado, así como una publicación diaria, un diario, un periódico que nos trae lo que le ocurre a los otros, a los demás.

• Todo, para mí, es real, parte de la realidad. Mis pensamientos y sentimientos son tan reales como la así llamada realidad objetiva. Los sentimientos, las emo- ciones son tan concretos como derrumbarme por la calle y rajarme el cráneo. Pensar es tan material y decisivo como orinar.

• El diccionario, cuando se adentra en la etimología, el origen de la palabra, su- giere una relación con DEIDAD. ¿Un diario incluye acaso a la divinidad, incluye a Dios? No lo dudo. Es cierto: día, diario, *deus*, dios, divino. Busqué el origen de “deidad”; mi Larousse nada tiene. Lo encontré en un diccionario inglés. *Deity*: [ME *deitee*, Fr. *deite*, Fr. LL *deitat-*, *deitas*, Fr. L *dues* god; akin to OE *tiw*, god of war, L *divus* god, *dies* day].

• Mi diario, mis anotaciones diarias, las palabras manchando estas páginas son, en realidad, lo más cerca que lograré estar de la abierta y escurridiza deidad. La búsqueda de lo desconocido es imposible sin el estrangulamiento de las palabras. El accidente, la sorpresa, las relaciones descubiertas a través del sonido, del eco y la resonancia, se precipitan y lo inundan todo: *dear, day*, día, dedo, divina, *dia-*

{ V/56 }

la búsqueda de lo desconocido es imposible sin el estrangulamiento de las palabras

ry, diario, deidad, diarrea, diosa, die, dado, daisy... Las palabras me paran la pinga.

Un coup de dés jamais n'abolira le hazard. Un golpe de dados jamás abolirá el azar. Mallarmé merece mi confianza, toca la realidad con la poesía de una manera que Einstein jamás descubrirá a través de la ciencia física: *God does not play dice with the universe.* Dios no juega a los dados con el universo. Yo sé que sí.

De todas maneras prefiero abrazar la última palabra que cayó o brotó en mí: Daisy. Me pareció imposible que el nombre de una mujer, de una flor en inglés tuviera algo que ver con este diario. *"The daisy doesn't just bud, blossom and die like most other flowers"*. Encontré la imagen en un manoseado diccionario sobre el origen de las palabras, rescatado entre libros desechados en el Salvation Army de Oneonta. *"Rather, it performs a daily routine, much as people do, of 'sleeping' at night by closing and 'waking' in the morning by opening again. Because of this unusual trait and because of the whorled appearance of the flower, the daisy was given the Old English name daegeseage, meaning literally day's eye"*.

El ojo del día, el ojo del culo.

Mi diario es una margarita. Abre los ojos por la mañana y los cierra por la noche. Y se marchitará y desaparecerá conmigo.

Anoche hizo frío; la temperatura bajó a cero centígrados. El horno, la calefacción estaba apagada, tengo que llamar a la oficina de Agway para que vuelvan a llenar el tanque de gas líquido. La estufa estaba llena de ceniza, tengo que limpiarla y comprar leña para el fuego, resinas que ardan con perfume de mujer.

Así que decidí, con frío en los huesos, sumergirme en un baño caliente, sentir mi pesado cuerpo ligero en el agua humeante, vivirme adormecido. Tenía los pies blancos y apergaminados de tanto frío, casi no podía sentirlos cuando entré en la bañera, el vientre de agua tibia sin la oscura fetidez de la placenta.

Floto en la perfumada y turbia sopa de la enjabonadura. No están los pensamientos dormidos, sólo los sentidos despiertos.

Cuando, no sé cuándo, salí, el cuerpo estaba rojo como una langosta, y anduve confundido por unos minutos. No sabía dónde estaba. No me reconocía desnudo en el espejo del baño.

Giro entre el pánico y la alucinación.

Mi mente sorprende mi pobre circunstancia.

Me sorprendió descubrir que había caído la noche cuando trepé las escaleras; cuando descendí el sol estaba en el horizonte. Más de cuatro horas habían pasado desde que me había desnudado y vuelto a vestir ante la plata del espejo.

El reloj de la cocina, con su cara de luna llena, me obliga a sentir, a ver los segundos que van pasando. A falta de otro movimiento en la casa, oigo los estremecimientos del minuterero, a veces, en el silencio de la cabaña, oigo como gira el minuterero alrededor de la cara del reloj. Gira pero nunca llega a parte alguna. Siempre termina donde empezó.

Afuera la oscuridad es porosa, adentro la luz es artificial.

Sucede, ocurre; no me lo propongo deliberadamente, no añoro como un ermitaño sentirme avasallado por el vacío. Me veo a mí mismo mirándome.

Tal vez he alcanzado cierta beatitud, el estupor del arrobamiento, pero me temo que sea solo el éxtasis de la vejez, el nirvana de la decrepitud. Una variante de la demencia senil. Es una desorientación pavorosa y alucinante.

Todo es nada, demasiado. Un viejo confuso y desorientado. Tal vez me dormí en la bañera.

Al mismo tiempo me asalta un extraño aroma, un aroma nauseabundo. Me deshicé de la basura el martes, la lleve al *dump*, al basurero, recogí todo lo que pudiera corromperse y apestar. Pero persiste, el tufo agrio y penetrante. Me husmeo las axilas, ¿será mi propio cuerpo? Me baño dos veces al día. Me sumerjo en la bañera para matar el tedio, para entretenerme. Una ducha por la mañana para borrar la noche, la confusión del sueño, y me sumerjo en la bañera a la

caída del sol, para calmarme, para sofrocinarme antes de escuchar, de ver las noticias en la televisión. El mundo sigue andando aunque mis ojos se cerraron.

Las noticias: imágenes de inundaciones, cabezas de saco y corbata declarando intentos de templarse a la humanidad, muertes inesperadas, mujeres recomendando un buen laxante para tener nalgas de acero, bombas y cadáveres, declaraciones esperadas, terremotos desplomando edificios, tornados levantando techos y dejando casas patas arriba como tortugas invertidas, una pareja baila a pesar de la artritis y gracias a una pastilla diminuta pero portentosa. La luz me permite un contacto directo con la farsa planetaria. Todo en busca de la sonrisa perdida. Me aburre la televisión, apago las imágenes.

Tengo que encontrar el origen... ¿de dónde viene tanto mal olor?

La vejez tiene un tufo nauseabundo, es el hedor de los años —por eso trato de lavarme los genitales, las axilas, los pies con fervor, eliminando las secreciones, las escamas de descomposición, y así mantenerme ruinoso pero limpio.

La vejez es un cuerpo lento, crujiendo, encorvado —pero aún trato de mantenerme espigado, tieso aunque seco y vacío. Desde luego, me toma unos minutos enderezarme, erguirme cuando me levanto, cuando salgo escaqueado del auto.

Vendrá la muerte, y no tendrá tus ojos.

Vivir sereno y alucinado.

37.

Davenport tiene toda mi confianza. Es el nombre que le he dado a mi Toyota Camry. Recuerdo eso. Y el color, azul profundo, azul marino, azul casi negro. ¿Y el año? 1989. Ha sido mi amigo desde mi llegada, desde que lo compré antes de firmar la compra de la cabaña. Davenport está viejo, doce años en las costillas de un auto es como ochenta en una vida humana. Y tiene mucha más fuerza, *mutatis mutandis*, que un servidor. Está lleno de magulladuras; la rama cruel que le cayó encima el otro día, hace no sé cuánto tiempo, lo dejó con unas cuantas abolladuras que ya se empiezan a corroer, oxidar. El guardafangos también empieza a dejarme un polvo de herrumbre en las manos cuando lo palpo. No estoy preparado para cambiar de auto. No voy a comprar otro carro. Tal vez decida repararlo, chapistearlo y volverlo a pintar de azul noche. Ya tuve que instalar un nuevo motor de arranque. No hace mucho. También... pero no recuerdo exactamente, algo estalló en las entrañas del motor. Y llantas nuevas, pero eso no es un órgano vital, eso es como un nuevo par de zapatos. Y reponer los párpados, los limpiaparabrisas.

El auto es el mejor de los refugios porque siempre puede arrancar y dentro de su cuerpo puedo desaparecer.

Acaricio a mi amigo cada vez que me deslizo en el asiento. Acaricio la deshinchada tapicería, limpio de polvo la superficie de los controles para mostrar mi aprecio. Siempre que abandono la cabaña, Davenport me transporta, me acompaña. Unas palmadas afectuosas contra el timón mientras murmulo un lugar común, “mi buen amigo”. A veces le digo “te quiero, tú sabes que te quiero” y al minuto me preocupa, temo que me vaya a malentender. Pienso en su machismo de acero. De combustión interna, y que piense que eso de “te quiero” es pura mariconería.

Va y se ofende, se encabrona y se paraliza, se niega a llevarme al pueblo. Entonces proclamo en voz profunda “eres mi mejor amigo, mi único amigo. No me vayas a fallar, coño”.

Davenport nunca me abandonará; el auto, la máquina; puede morir pero nunca abandonarme. Si alguien que amas y necesitas de pronto muere, no es tan terrible, tan devastador, tan doloroso y humillante como verse abandonado.

Voy por la carretera. Un cuervo reluciente está posado en la rama desnuda de un álamo. Golpeo la puerta del auto. Levanta el vuelo. Las plumas negras abren un hueco en el cielo desteñido.

Anoche descubrí que podía acariciarme a mí mismo como a un ser extraño.

El estómago, el pecho y mis muslos no reconocen mis manos, no saben que pertenecemos al mismo cuerpo. Mis manos descubren, encuentran la planicie del vientre, una zona sensible a una caricia circular y siento el vello barrerme la palma de la mano; entonces trepo hasta descubrir el resuello del pecho que asciende y desciende bajo las yemas de mis dedos sorprendidos; termino en las tetillas marchitas, marchitas entre una abundante vegetación canosa.

Las manos, las yemas de los dedos no sabían lo que buscaban, no sabían si buscaban migas, residuos, o la compañía de otro cuerpo. Un tacto que ofrece y recibe. Me sentí sorprendido y al mismo tiempo me descubrí sedado.

Mis muslos resultan dos extraños, apenas parecidos a los puros muslos de mujer que he acariciado; no sólo recorrí mis extraños muslos peludos, descubrí una musculatura en agonía; palpo jamones puros, libres de vísceras, extremidades nunca obligadas a respirar o digerir —relajadas bajo mis manos, pero fibrosas.

Los muslos de Dorothy eran flácidos; la musculatura de la mujer, la tersura cede con los años, ya no acumulan grasa y suavidad una vez transcurridos los años fértiles. Los recuerdo más suaves que mis correosas extremidades. Pero palpar mis muslos, palpar apenas la superficie, produce la sutil erección de mis vellos.

Hundo mi dedo índice en la hondonada, penetro el dedal del ombligo en lugar de explorar el cuenco de miel de una mujer.

¿Qué importa la diferencia? Estoy tan arruinado que los fragmentos de mi cuerpo ya no reconocen la totalidad. Después de un rato, es cierto, me aburrí mi propio cuerpo; mis manos no se perdieron durante horas, olvidaron durante una eternidad, ni siquiera llegaron a sorprenderse con la misma intensidad que sentí al recorrer la carne perfumada de las prostitutas en mi adolescencia, y luego tanto blando mármol —ni siquiera el mismo deleite que disfruté al recorrer la topografía marchita, generosa de la piel suave, de la carne pantanosa, blanda y acogedora de Dorothy. No voy a negarlo, hablar del cuerpo de Dorothy como “topografía marchita”, “carne pantanosa” es en el mejor de los casos una honestidad retórica, una escritura que esconde un amargo resentimiento.

Sólo puedo acariciarme de noche, en la oscuridad; durante el día no funciona. A la luz puedo ver mis propias manos y reconocer mi pecho marchito. No me agrada. Algo es algo. Es un problema de percepción, a menudo no percibo mi propio cuerpo como algo mío, que me pertenece. Cuando me froto la cara, la barba, la pelambre es siempre una sorpresa, las yemas de los dedos reconocen, asocian lo hirsuto con la pendejera de una mujer, y mis labios son piel sensitiva, toco la ternura de los *labia minore*. Siempre es mejor pasar la mano por detrás del cuello, siempre siento una mano extraña cuando la mano derecha me acaricia la mejilla izquierda. Y los dedos imaginan labios de mujer.

Durante el día, sin embargo, puedo besarme con un temblor muy sutil, pero no obstante un temblor. Distráido, alzo el brazo desnudo y me beso el reverso suave del antebrazo, la zona entre el codo y la mano. Y beso como si besara un rostro amado —incestuosamente.

No necesito a nadie. {V}



(inédito) diario de edmundo (inédito)

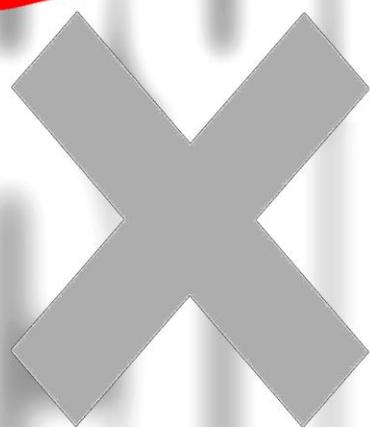
VOCES

LA HABANA

SEPTIEMBRE 2010



IMAGEN: Rolando PuJido



LIBERTAD

Poster:
Rolando Pulido